

J. ZARAGOZA - E. AMAT - F. MOLLA - G. GARCIA ROMEU

**CUANDO
LAS
YEMAS
REVIENTAN**

*Florilegio
Poético*

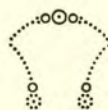


Cuando las Yemas Revientan

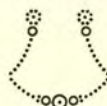
Florilegio Poético

por

Jesús Zaragoza Giner



A más de las de su coleccionador, este Florilegio contiene poesías de Enrique Amat, Francisco Mollá y Gabriel García Romeu.



Petrel - Año 1967

Cuando las Yemas Revientan

Florilegio Poético

de la Academia de la Lengua

Depósito Legal: A. 28.—1967

73998 - Tip. Moderna, Generalísimo, 7 - Elda 1967

DEDICATORIA

*Con ánimo encogido de «enfermizos catadores» de la poesía
—como podría decir de nosotros nuestro admirado José María
Pemán—, sacamos a luz*

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

*estimulados por los espoleos de D. Santiago García Bernabéu,
petrolanco cien por cien, y gracias al mecenazgo de la Junta
Rectora de la Cooperativa Agrícola y Caja de Crédito que
él preside.*

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

*es un Florilegio Poético, que hemos perfeñado con las esencias
religiosas de Petrel, con su folklore, con sus tradiciones popula-
res y con cuanto de hermoso hemos contemplado bajo el cielo
turquesa de esta Villa, que es una caricia de Dios.*

*Justo es, que pongamos, como proemio de este Florilegio, la
siguiente dedicatoria:*

*A LA COOPERATIVA AGRICOLA Y CAJA DE CREDITO
QUE PRESIDE D. SANTIAGO GARCIA BERNABEU, Y A
LA VILLA DE PETREL, EN GENERAL.*

*Nosotros hubiéramos querido que todas y cada una de las
yemas de este Florilegio hubieran irradiado, al abrirse a la
vida de la poesía, lampos de luz. Lograrlo nos ha sido imposible,
porque ese alumbramiento está pidiendo, a voces, un catador
de paladar más bien dispuesto.*

*Aceptad, sin embargo, las primicias literarias que os ofrecemos
con*

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

*Que si las cuerdas del arpa que hemos tenido que tañer, están
destempladas, van prendidos en ellas afectos puros del corazón.*

Jesús Zaragoza

A guisa de prólogo

Quehacer de las fábricas y los talleres. Afanoso bregar de los negocios. Ir y venir de multitudinarias diversiones. Actividad cotidiana, febril, excesiva, innecesaria a veces... Dejemos, por un instante, que se detenga todo.

Cerremos los receptores de la televisión y de la radio. Aislémonos de ese trepidante motor de explosión, capaz de enloquecernos. Que cesen las estridencias. Y escuchemos... Es la voz de los poetas. De los poetas petrelenses que cantan.

¿Quiénes son? No vamos a presentarlos. Bastará un breve enunciado: El Sr. Cura Párroco de San Bartolomé, D. Jesús Zaragoza: sueños y realizaciones que se entremezclan y confunden; Enrique Amat y Francisco Mollá: triunfo de la vocación autodidacta en el entrañable paisanaje; D. Gabriel García Roméu: destacado valor de un movimiento literario que se va abriendo camino.

Cantan al valle que pisamos, y al monte por donde siempre vemos que se levanta el sol; al castillo dorado, página de nuestra historia, monumento de arte, fuente de pensamientos y emociones sin fin; al fervor religioso que, en torno a las imágenes del Santísimo Cristo de la Sangre, de la Virgen del Remedio y de San Bonifacio, nos une en plegarias y rezos; a las fiestas radiantes, prodigiosas, con que la primavera a todos arrebató, llenándonos de gozo, de orgullo y de ilusión; al cementerio nuevo—hogar de nuestros padres—que el dolor nos endulza y convierte en alegre, en feliz esperanza; a principios comunes que, hermanados, nos impelen a mayores conquistas de

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

justicia y de paz; al secreto recinto que contiene el tesoro sagrado de profundas nostalgias... Cantan, de modo principal, a lo nuestro. Cantan a Petrel.

Nadie vea, en este dominante localismo, estrechez de visión, falta de vuelo. Que la piedra de toque de lo que en realidad somos, no se halla en las cosas abstractas y distantes, sino en las inmediatas y concretas.

Este cantar llega hoy hasta nosotros a través de un pequeño altavoz, que es el presente libro: CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN. Lo ha hecho posible una institución—COOPERATIVA AGRICOLA Y CAJA DE CREDITO—, medio siglo dedicada a proteger y mejorar la vida económica y social del pueblo. Ahora se permite este lujo. Es, después de tantas cosechas, buenas y malas, pero siempre ganadas con noble y voluntarioso esfuerzo, como un ramillete de flores que, por los sentidos, quiere que llegue a las almas.

Que en las almas luzcan las flores y resuene el cantar de los poetas. Que impere la belleza, que es amor. Y amor que—nos lo dice el Dante—mueve el sol y las otras estrellas.

Doroteo Román

La Ermita del Cristo

De Jesús Zaragoza Giner

Ermita del Cristo, ¡qué bien se respira
en esta atalaya, balcón de Petrell! .
Las brumas ardientes del mar de la vida
son auras suaves en esta colina,
pues llevan efluvios de idílico edén.

Aquí, cabe el Cristo de nuestros amores,
las almas, bañadas de fúlgida luz,
olvidan quejumbres, otorgan perdones,
al célico influjo del néctar que corre
del cuerpo de Cristo clavado en la Cruz.

Lo dice el cortejo que, todos los años,
recorre la Villa del Buen Cristo en pos.
¡Qué filas ingentes de niños y ancianos,
siguiendo las huellas, con celo empeñados
en santas consignas del Hijo de Dios!

Cual viejos pastores de viejas majadas
sumisas al mando del fiel ramadán,
yo he visto, joyantes, las frentes tostadas
vencerse obedientes, rendidas, postradas,
a Cristo Bendito, del pueblo al Guardián.

Yo he visto a la pía mujer petrelense,
el pecho anhelante, descalza, doliente,

subir a la ermita de Cristo, en Petrel,
rimando ternezas, con faz siempre alegre,
no obstante las gotas de sangre que hienden
el suelo que pisan desnudos sus pies.

En tardes de Julio románticas, bellas,
el cielo en celajes de ingrávigo tul,
yo escucho del pueblo las lánguidas quejas,
que imploran del Cristo perdón y salud.

Yo tengo prendidas muy dentro del alma,
cual rítmicas notas de suave sabor,
las notas del himno que aquí se le canta,
en hondos suspiros, a su Redentor.

Y el quedo susurro de labios que claman
del Cristo Bendito su «grasia y favor».
Y aquellos exvotos. Y aquellas miradas
que al Cristo dirigen fundidas las almas,
tan hondo calaron en mi corazón,
que, vate bisoño, compuse yo, raudas,
aquestas estrofas transidas de amor.

¡Oh Cristo Bendito del Monte Calvario!
Pues eres Tú fuente de paz y de bien,
por eso yo dije que en este altozano,
en esta atalaya, balcón de Petrel,
las brisas que olean al pueblo cristiano,
son brisas que llevan efluvios de edén.

Somos algo en común...

De Jesús Zaragoza Giner

Esperas impacientes,
aguardos encendidos,
son la seña genial del petrolanco,
no bien Julio radiante da principio.

¿A qué tantas esperas?
¿Por qué tantos aguardos encendidos?
¿A qué tal impaciencia incontenida?
¡Es que anhelan que baje su Buen Cristo!

Me lo rima, insistente,
el vibrante tañer del cimbalillo,
el de la blanca ermita,
colgada, cual los nidos,
en la enhiesta atalaya petrolanca,
lejos, muy lejos, del falaz bullicio.

Me lo anuncia, chillona,
la dulzaina vertiendo gayos ritmos,
al paso del gigante y cabezudo,
arrumacos de grandes y de chicos.

Me lo cuentan estruendos de carcasas,
que al estallar en el sagrado Altico
—un nuevo Sinaí—,
van preludiando que desciende Cristo,

a morar con su pueblo,
a escuchar sus gemidos,
a bendecir sus casas, sus haciendas
y el trabajo febril de los sus hijos...

...Y moró, con nosotros,
endulzando el agraz de nuestro siglo,
hermanando querer contrapuestos,
cortándonos malezas del camino...,
para hacernos suave la jornada,
mientras lleguen los goces prometidos.

¡Oh Bajada del Cristo de la Sangre!
¡Cuán raudo tu pasar, cuán breve has sido!

Yo forjeme ilusiones desmedidas
cuando vime seguido
de grandes multitudes que aclamaban,
entre Hosannas, a Cristo.
Soñaba con tenerle, entre nosotros,
al que en nombre de Dios era venido.
¡Quería yo, cual Pedro,
el lauro del Tabor, sin competirlo!...

Mas al verlo alejarse repasando
de su ermita al camino,
díjele yo con suplicantes dejos:
¡Quédate con nosotros, Santo Cristo!...
¿Qué no ves que la noche ya se acerca?
¿No ves Tú que, tunante, el enemigo

sembrará la cizaña, por doquiera,
y agostará, sin Tí, nuestro buen trigo?
¡Ea, pues: queda con nosotros ya!
¡No te marches, Bien mío!
¡Compartiremos nuestro pan escaso!
¡Libarás también Tú de nuestro vino!...

Y el Cristo de la Sangre,
el guardián avizor de nuestro Altico,
con voz entrecortada por el llanto,
susurrome al oído:

De por siempre estaré YO con mi pueblo,
ternezas prodigando..., a lo divino.
Mas no se olvide, nunca ya se borre
-lo tengo estatuido-
que vosotros en MI; YO, con mi Iglesia,
somos algo en común: EL CUERPO MISTICO.



¡Qué bien vivir aquí!...

De Jesús Zaragoza Giner

Tengo el alma, Señor, tan lacerada
por la brega reñida en mi sendero,
que sangrando he llegado a tu morada,
que de paz es refugio y es venero.

¡Oh si alzara mi tienda en esta altura
que preside del valle su hermosura! ..

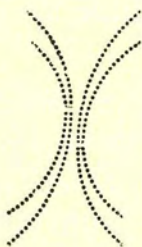
¡Qué bien vivir aquí, siempre a tu lado,
junto al árbol frondoso de la vida,
cabe el trono que amor te ha levantado,
lejos de la fugaz y fementida
gloria vana del mundo desquiciado!...

¡Qué bien vivir aquí, siempre a tu vera!...
¡Aquí sin desamor, sin pesadumbre,
no aspirara jamás la podredumbre
que yo aspiro en el mundo por doquiera!

¡Cuánto gozo, Señor, me deparara
declinar mi cabeza en tu regazo,
fundirme yo contigo en un abrazo
y posar yo mis labios en tu cara!...

No debiera pedirte ya más dones,
tras los muchos que obtuve en mi sendero.

Mas al verte clavado en el madero
sangrando por mi amor a borbotones,
ofrendar yo quisiera, reverente,
con dejo enamorado, esta plegaria:
¡Que me dejes trepar, cual pasionaria,
enredado a tu Cruz eternamente!



Que pues quiero besarte, Tú me beses

De Jesús Zaragoza Giner

Era tarde de Julio reluciente...
Desgranando de laudes su rosario,
desfilaba el cortejo lentamente,
camino de la Ermita del Calvario.

¡Cuántos hombres y niños y mujeres
repasaban de Cristo los senderos!...
¡Arrebata el fervor de misereres,
que le cantan al Cristo los romeros!...

Y en el concierto de fervores tantos
—clamante fuerza de un amor profundo—,
vate bisoño del Petrel fecundo,
¿no he de rimar a Cristo mis quebrantos?

Lejos de mí tamaña desventura.
Y pues, mendigo, tu favor imploro,
quiero impetrar, cargado de tristeza,
aquellos dones, cuya ausencia lloro.

Mas no puedo pedirte cosas bellas,
fuente Tú de mi pobre poesía:
ya le has dado a mi loca fantasía

el fulgor de las nítidas estrellas
que cual rico presente de topacios,
Tú me ofrendas, Gran Dios de los espacios.

Ni te pido Señor, cadencias suaves.
Si me has dado los trinos de las aves,
el rumor de la brisa en la enramada,
la canción del regajo en la cañada
y del chivo gentil tantos balidos,
ya otros ritmos no anhelan mis oídos.

Rogar sólo quisieran mis decires,
al sufrir por tu amor tantos reveses,
que pues quiero mirarte, Tú me mires;
que pues quiero besarte, Tú me beses.



Añoranzas

De Jesús Zaragoza Giner

Pastor de las almas, Santísimo Cristo,
¡qué gozo tan grande cautiva mi pecho
subiendo a tu Ermita de Julio al umbral!
Apenas los sonos del fiel cimbalillo
preludian las fiestas de tu pastoreo,
con franca alegría me pongo a cantar.

Mas debo decirte: yo tengo añoranzas
del místico aroma que en tiempos pasados,
felice, imprimía a tus fiestas mi grey.
¡Qué plácido embrujo el de aquellas jornadas
que aquí, sobre el cielo de tu Monte Santo,
rendía, piadosa, la dulce Petrel!

Prendidas quedaron, de mi alma por dentro,
las coplas vibrantes, de un ritmo castizo,
que hendieron los cielos un alba feliz:
¡aquellas endechas que, en alas del viento,
hablaban de amores del pecho salidos,
y en férvidas notas rimé yo por Tí!...

En cálidas fiestas de Julio solemnes,
me aflige la ausencia de viejos devotos

que otrora en tu Ermita ponían su albur,
con ver a sus nietos jugar a esconderse
por entre las crenchas de luz de tus ojos,
por entre tus brazos clavados en cruz.

Aún yo memoro, Señor de los cielos,
premiosos afanes de recios patriarcas
que el curso alindaban de tu procesión
con tierna enramada de mirto, de espliego,
de olientes adelfas de tus sierras pardas,
cual tibio ofertorio del campo a tu amor.

A veces, las noches de tus novendiales.
¡cuán grato nos era subir tu Calvario
gentil, recoleto, por verte pasar!...
Pasabas nimbado de luces radiantes,
abriendo el camino del Buen Santiago,
dejando una estela de plata y cristal.

Traías contigo cortejo de brisas
aladas, suaves, cual una zalema
del cielo a los cuerpos después del trajín.
Pasabas rasgando las auras divinas
con danza sublime de lluvia de estrellas,
rompiendo los pechos en laudes por Tí...

...Y pues has pasado por nuestros senderos
al grito de ¡hosanna! del lar petrelense,
¿por qué, cuando pasas ahora en redor,
no tienes ya mirto ni adelfas ni espliego?

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

¿Por qué ya tu atajo tu aprisco no advierte?
¿Por qué nuestra lengua ya muda quedó?...

Santísimo Cristo, Pastor de las almas,
¡qué gozo tan grande me embarga el sentido,
subiendo a tu Ermita de Julio al umbral!
Mas debo decirte: yo tengo añoranzas
del místico aroma de tiempos que han sido.
¡Yo quiero que vuelva tu fiesta a brillar!



Nochebuena en campaña (1)

De Jesús Zaragoza Giner

Esta noche, Nochebuena
que se celebra en campaña,
tiene sabor de pastores
que la viven en majadas.

No es la Nochebuena aquella,
que allá por las tierras gayas
de Alicante y de Valencia
celebraban con tonadas
los mozuelos y mozuelas
que, sin cautela, rimaban
los sentires y querencias
de la vieja casta hidalga;
ni la Nochebuena alegre,
de bellotas y castañas,
de pandereta y zambomba,
que al amor de la fogata
conmemoraba, gozosa,
en tropel la chiquillada.

Aquellas Noches de antaño,
en que el amor nos juntaba
en torno del altar, cuna

(1) Poema rimado el año 1938, en plena guerra civil, cuando su autor luchaba, como soldado de la España Roja, en el Frente de Extremadura.

que de cielo ha remembranzas,
huyeron del suelo hispano,
con aquellas luminarias
que enrojecieron los cielos
y que crisparon las almas,
al ver convertida en pira
la vieja creencia hispana.

Esta Nochebuena nuestra
celebrada aquí, en campaña,
no es la Nochebuena humilde,
la de monjiles tonadas;
ni la Noche bulliciosa
que mujerzuelas villanas
mancillaron, con sus artes,
las costumbres de la raza.

Es la Noche semejante
a la que en Belén vibraba:
Noche de castos ensueños,
sin atuendos ni majas,
sin los cantos armoniosos
que en los templos resonaban,
cuando eran piedras de Cristo
nuestras catedrales pardas.

Es la Noche silenciosa,
con cautela celebrada

en una casucha humilde,
que de una pobre es morada.

En un rincón apartado
de la memorada casa,
se erige un altar y cuna,
y con pastoriles trazas,
unos soldados bisoños
incienso y mirra regalan
al Dios-Niño que, esta Noche,
oro no tuvo, que es gala
de potentados señores,
y aquesta juventud gaya,
que hoy expande aquí su fe,
no ha otras riquezas que el alma,
que, forjada en los dolores
de persecución insana,
ha de ser bronce, pues lleva
de su esencia la coraza.

Y, por eso, no dan oro;
sus conciencias todos lavan
y de sus pechos de bronce,
cual si fuera una cascada,
van desgranando unas notas,
que de su fe son la gama...

Son las notas que Francisco
en la China musitara,
y las que tantos atletas
de la Religión Cristiana

antes morir consintieron,
que arrancarlas de sus almas.

Y, por eso, porque ofrendan
lo que tienen, que es su alma,
esta Nochebuena nuestra,
celebrada aquí, en campaña,
tiene sabor de pastores
que la viven en majadas.



Camposanto alegre

De Jesús Zaragoza Giner

¡Qué alegre Camposanto
el que inspira mi canto! ..

El espliego, el romero y el tomillo
ofrendando fragancias campesinas;
los trinos del jilguero y del pardillo;
la canción de sus fuentes cristalinas;
la brisa, tan suave y placentera,
que modula salmodias virginales
de eterna primavera;
el festón de alhelíes y rosales
ocultando las losas funerarias;
el ritmo acompasado de plegarias
que trascienden a coros edeniales...,
¡todo sosiega la adversión y espanto
al solar de la muerte: el Camposanto!

Hasta el foso común –que bien pudiera,
de la implacable muerte y su guadaña,
infundir el pavor de la quimera–
tiene alfombras de césped que la empaña.

Entre tanta belleza, reunida
en recinto sagrado, que venero,

¡con cuánta placidez aquí yo espero
el momento cabal de la partida!...

Que no espanta morir de aquesta suerte,
sin la angustia de espectros fantasmales,
sin macabras visiones de la muerte,
sin horribles despojos de mortales...

Cuando advierto en aqueste cementerio
tantos brotes de vida por doquiera,
la muerte para mí ya no es misterio;
ni la tumba, final de mi carrera;
es clarín, es postrer recordatorio
de ser el Camposanto dormitorio.

Lo proclaman los nardos y claveles,
reventando sus yemas lujuriantes;
los renuevos de lirios, tan joyantes;
los retoños de sauces y laureles;
el florar de magnolias y rosales;
el abrirse a la vida la azucena,
la albahaca, el geranio y hierbabuena,
el jazmín y las lilas ideales...
¡Todo advierte que un día se durmieron
y del polvo de tierra resurgieron!

¡Alegre Camposanto!
Quien forjara de tí vergel de encanto,
darnos no pudo ya más puro anhelo:
¡Ya podemos dormir mirando al cielo!

Por esos niños, Señor...

De Enrique Amat

Por los niños, Señor, por esos niños,
de risueños semblantes infantiles,
que son nuestra esperanza, por gentiles
promesas de ternuras y cariños.

Por los niños, Señor, por esos seres
que llevan el candor en las pupilas
y, en sus ojos serenos, las tranquilas
luces de deslumbrantes rosicleres.

Por los niños, por esas criaturas
que viven en un mar de fantasía,
en un mundo feliz de poesía,
y en un vergel de nítidas alburas.

Por esa infancia, de pureza henchida,
que duerme en nuestro pecho, sin temores,
y se asoma, curiosa, a los albores
de una aurora esplendente y presentida.

Por esos diminutos querubines,
donde el armiño y el clavel se funden
y en cuya tersa carne se confunden
los pétalos de rosa y los jazmínez.

Por la risa, Señor, por esa risa
que en sus labios purpúreos florece

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

con el candor, que en ellos resplandece,
hecho llanto, hecho paz y hecho sonrisa.

Por la inocencia que en su frente brilla,
por sus besos que embriagan de dulzura,
por ellos que no saben de amargura
humana, ni que el hombre es pura arcilla.

Por los niños, Señor, que hay en la tierra
Tú, que a tu mano todo lo sometes,
acaba con los trágicos jinetes
del hambre, de la peste y de la guerra.



Soledad

(A Cristo crucificado)

De Enrique Amat

Clavado estás ahí, blanco lucero,
clavado en una cruz y escarnecido,
con tu pálido cuerpo ya vencido,
la herida abierta en el costado austero.

La gente, que se va por el sendero
que baja del Calvario, ha enmudecido
y, al ver tu cuerpo roto y malherido,
alguien siente un dolor hondo y sincero.

Tus palabras precisas se olvidaron,
porque falsos apóstoles mintieron;
tus amigos ¡qué sólo te dejaron

y con cuánta presteza se perdieron! ..
Amor divino, de bondad venero,
¡qué sólo estás, clavado en el madero!...

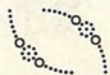


Señor...

De F. Mollá Montesinos

Señor, te he conocido
en la quietud del campo;
en la más ignorada
florequilla del páramo;
en la dulce fontana,
en los giros del pájaro,
en los ojos del niño,
en el brillo del astro,
en el mar, en el sol,
en el aire, en el árbol,
en la nube, en la luz,
en el cielo estrellado...
Todo en mi corazón
por Tí se ha hecho claro.

¡Vienes, Señor, a mí
por todo lo creado!



San Francisco de Asís

De F. Mollá Montesinos

Se dice que Francisco, en la montaña,
hacía, solitario, penitencia.
¡Tan sólo una cabrita, en su inocencia
llegaba cada noche a su cabaña!

Así la «hermana cabra» compartía
con el Santo el refugio protector:
¡mansamente las plantas le lamía
siempre que él adoraba al creador!

Muy antes de la aurora,
los ojos de la cabra reflejaban
un tierno rosicler y, en esa hora,
los ojos de Francisco se elevaban.

Se cuenta que, canora,
un ave amenizaba, desde el risco,
las dulces oraciones de Francisco,
y el monte de armonía se poblaba;
la piedad contagiaba en derredor;
el lobo se humillaba;
de la tierra un mensaje se elevaba...
¡El cielo derramaba paz, amor!...

·○○·

Penétrame, Señor

De F. Mollá Montesinos

Penétrame, Señor, sentirme quiero
inundado de Luz y de Armonía.
Transforma Tú mi noche en claro día,
y la sed de mi espíritu, en venero.

Penétrame, Señor... Todo lo espero
de tu amor, hecho gracia y poesía,
derramado cual Sol de fuerza pía
por tantos seres de tu mundo entero.

Penétrame de modo que mi ser
suba siempre hacia Tí, como la gota
del agua que evapora la calor...

Como gota, Señor, quiero ascender
hacia el azul de esa región ignota,
sumiéndome en océanos de AMOR.



Es mi barca, Señor...

De Enrique Amat

Es mi barca, Señor,
la frágil alma mía
que cruza por el mar de la tristeza,
pues no puede llegar, y bien lo ansía,
a tu reino de amor y de pureza.

Es mi barca, Señor,
la barca de mi vida
que sin el rumbo firme de tu mano,
navega con la fe casi perdida
y a la deriva está en el mundo vano.

Es mi barca, Señor,
que busca tu belleza
y quiere recalar en tu bahía;
mi barca, que se mueve sin destreza
y presente su bárbara agonía.

Es mi barca, Señor,
que otrora prometía
gobernar con indómita entereza;
mi barca, sin el sol de tu armonía,
que no puede virar con ligereza.

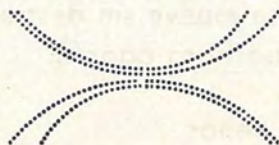
Es mi barca, Señor,
mi barca, ya vencida,

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

por humanos y rudos temporales,
que alza su grito porque ya te pida
tu gobierno en los recios vendavales.

Es mi barca, Señor.
Su larga singladura
ansía coronarla con presteza;
mi barca, que se muestra ya insegura
y se pierde por falta de firmeza.

Es mi barca, Señor,
mi alma, sin ventura,
mi pobre barca, vieja y carcomida,
que se hunde, sin remedio, en fosca hondura,
si no das firme fe a mi torpe vida.



Sin Tí, Señor...

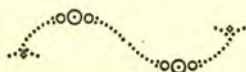
De F. Mollá Montesinos

Sin Tí, Señor, la vida es un desierto
más vasto de lo que la mente alcanza;
un túnel, sin salida a la esperanza;
un caminar, muriendo hacia lo muerto.

Es contigo, jovial alumbramiento,
aurora sin nublado en lontananza;
serena orografía de bonanza,
y entusiasmo de amor: ¡deslumbramiento!

Un día te cerré yo, vanidoso,
la puerta enmohecida de mi casa,
y fue mi casa un antro tenebroso.

Pero abriendo mis puertas, dije: ¡pasa!
Y, al pasar, me alumbraste, esplendoroso,
con la luz inmortal que ahora me abrasa.



¡Tanto amastes a los hombre!...

De F. Mollá Montesinos

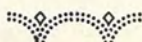
(Pues amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna. San Juan: III, 16).

Tanto amastes a los hombres –criaturas sumidas en pecados y desvelos– que dejando la gloria de los cielos, descendiste a curar sus desventuras.

Pero ¡cuántas, Señor, tus amarguras, al ver en nuestros ojos tantos velos, al ver en nuestras almas tantos hielos pagando en gelidez las tus ternuras!

Tu sangre por nosotros fue vertida, de muerte rescatándonos a vida. Tu espíritu nos diste en Pan y Luz..

Mas ¿cómo a tanto bien no nos rendimos y al fuego de tu Amor no nos fundimos, para estar siempre en Tí, Cristo Jesús?



Ven a mi lado, Señor...

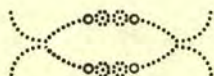
De Enrique Amat

No te vayas, Señor, ven a mi lado
y queda, para siempre, aquí, conmigo,
porque si muchas veces fuí contigo,
otras muchas de Tí me he separado.

Estarás, con razón, Señor, airado.
Mas ¿no ves que, en el fondo, soy tu amigo
y me hallo triste, pues que no consigo
huir de mi amistad con el pecado?

Haz que aleje de mi la violencia;
que viva como auténtico cristiano;
que busque mi solaz, sin exigencia;

que aparte de mi ser todo lo vano...
Lavando Tú, piadoso, mi conciencia,
¡qué dulce caminar siempre a tu lado!...



Gracias te doy, Señor

(Renunciación)

De F. Mollá Montesinos

Gracias te doy, Señor, por mi pobreza.
Ella templó mi espíritu en tu fuego;
me conquistó la paz; me dió sosiego,
más allá de la vida y la tristeza.

¡Bendita mi pobreza! ¡Qué riqueza
los caudales de amor que, pobre, entregó!...
¡Ya no soy –cual el rico– triste ciego,
pues que hallé, siendo pobre, la Belleza!

Gracias te doy, Señor, por la armonía
silenciosa que en mi alma despertaste,
mostrándome Tú el bien de mi dolor.

¡Perdóname, Señor, esta alegría
de pisar las espinas que dejaste
en tu ruta de Amor, de puro Amor!...



Himno a la Virgen del Remedio

De Jesús Zaragoza Giner

Remedio inefable, querida Madona
del lar petrelense, remanso de edén:
acoge benigna, pues eres Patrona,
las notas del himno, que el pueblo te entona
con férvido anhelo de paz y de bien.

Yo sé que eres playa que amansa pasiones;
descanso seguro, tras nuestro bregar;
amor indulgente que otorga perdones;
apóstol que enseña divinas lecciones,
y Madre que besa, para castigar.

Yo sé que tus ojos irradian destellos
que bañan mis noches en fúlgida luz;
que cuando me miran, me miro yo en ellos,
asaz descargado de lúgubres duelos
y un tanto aliviada mi grávida cruz.

Pues miren, oh Madre, tus ojos benditos
al fiel que te invoca con dejo filial;
también al que expía, con cárcel, delitos,
y a cuantos hoy vagan de España proscritos,
quizás sojuzgados del genio del mal.

Que Tú si nos miras, cual miran tus ojos
-¡lumbreras de cielo, destellos de amor!-,
al vernos mirados por Tí sin enojos,
harás de tu pueblo jardín, sin abrojos:
¡Petrel será entonces un beso de Dios!

Ofrenda

De Enrique Amat

Al Dios que reina en las alturas quiero
elear mi plegaria conmovida,
proclamando doquier mi fe sentida
en el Rey a quien amo y al que espero.

Al Sumo Creador, que en el sendero
de la existencia iluminó mi vida,
ofrendo mi oración pura, rendida,
más blanca que la luz de alto lucero.

¡Oh, Señor, que gobiernas en el mundo
el cauce de los ríos, las estrellas,
el monte, la llanura, el mar profundo,

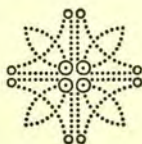
los hombres, y las aves y los peces!...
Tú que creaste tantas cosas bellas,
¿qué oración, qué plegaria no mereces?



Ruego

De F. Mollá Montesinos

¡Señor! .. Tú que formaste la pradera
con amapolas rojas riendo al sol;
Tú que hiciste el cristal del arroyuelo,
todo serenidad, e hiciste
la mirada diáfana del niño;
Tú que hiciste la voz del ruiseñor,
envuelta en blanca luna y cielo místico,
y encendiste el amor en los espíritus,
como enciendes el sol que es luz de vida,
enciende la falena de mi pecho,
para ver y sentir tanta hermosura,
y poder reintegrarme enteramente
a Tí, en adoración...



El manto de la Virgen

(Plegaria)

De Jesús Zaragoza Giner

Yo quisiera, Madre amada del Remedio,
que las notas de mi canto reflejaran
todo el hondo manantial de los quereres
que se agitan, que rebullen en las almas
de los hijos de este pueblo, que es mariano,
que en tí ha puesto sus más firmes esperanzas
y que plugo a Dios que fuera
grey sujeta a mi cayada.

Yo quisiera que las musas del Olimpo
afluyeran en tropel a mi garganta,
y ellas fueran quienes digan los afectos,
los cariños que mis pobres versos cantan,
y con hálitos de pecho enamorado,
y con brisas de arrayanes perfumadas,
nos rimaran los sentires
que tú inspiras, Matriarca.

¡Cuántas cosas nos dirían, de seguro,
esas musas que aquí tienen su morada,
en el célico sitial que, hace tres siglos,
la piedad de tus devotos levantara!...

Nos dirían que ese trono que ofrendaron
los abuelos, la progenie de esta raza,
 lleva perlas de sudores
 y de amor es remembranza.

Nos dirían, Madre amada del Remedio,
que tú afirmas los cimientos de las casas;
que tú pones en los cuerpos, flagelados
por el frío del dolor, sol de bonanzas;
que las manos, Madre mía, que acarician,
y los ruegos de los pechos, cuando claman,
 hacia tí convergen siempre
 y en tí encuentran paz las almas.

Nos dirían que a los trojes y algorines,
y a las flores que festonan las masadas,
y a la brega que es canción en los talleres,
y a las pinas nemorosas sierras pardas,
y a los rubios labrantíos de los valles,
y a los hatos que trashuman sus cañadas...,
 el tempero que sazona,
 Madre mía, tú les mandas.

Este fuera, Madre amada del Remedio,
el rosario de recuerdos y de laudas
que las musas del sitial, do tú dominas,
con el roce de sus alas nos cantaran.
Mas decirnos no podrían, de seguro,

C U Á N D O L A S Y E M A S R E V I E N T A N

por ser prez que no penetran sus miradas,
el raudal de sacrificios
que te ofrendan hoy las almas.

Devastado en un momento de locura,
que inspiraron de Belial rojas mesnadas,
nuevo manto te regalan los devotos
de la Villa que te aclama Matriarca.
¿Sabes, Madre, lo que a cambio de esta ofrenda
yo te pido con salmodia de plegaria?
¡Que ese manto sea escudo
de sus cuerpos y sus almas!



Cuando bajan a San Bonifacio...

De Enrique Amat

El pueblo, que a tus pies vive y trabaja,
ensancha, alegre, el pecho generoso,
al oír tanto viva clamoroso
que a tu imagen saluda cuando baja.

Expresión de una fe –que no relaja
este tiempo brutal y presuroso–
es ese amor constante y ardoroso,
que lejos de morir, cobra ventaja.

Todas esas Comparsas numerosas,
todo el himno triunfal de abanderadas
serían rosas muertas, deshojadas,

pálida imagen de fugaces cosas,
si tu amor no tuviese aprisionadas
esas almas que gritan jubilosas.



Amargos frutos

De Enrique Amat

Vive el hombre aferrado a la riqueza,
al poder mundanal, a la avaricia,
haciendo arma brutal de su codicia,
mofándose, soez, de la pobreza.

Rechaza la moral, que es fortaleza;
levanta falso trono a la impudicia:
aplaude la maldad y la injusticia,
despreciando el honor y la entereza.

¿Y temblamos, después, ante la guerra?
¿De los males airados nos sentimos
y ante el dolor mostramos extrañeza?...

Fruto de la impiedad sobre la tierra
es el caos moral, pues que vivimos
olvidados de Dios y su grandeza.



A los pies del Redentor

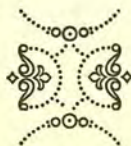
De Enrique Amat

María Magdalena, pecadora,
los pies de Cristo besa, arrepentida,
porque un rayo de luz la tiene herida:
el de fe que no tuvo, y tiene ahora.

El Rabí mira a la mujer que llora,
que de acerbo dolor se halla transida,
y pone luz en la cabeza hundida
de la que sufre y su perdón implora.

En el silencio mustio y apretado,
sólo un lamento de mujer suspira.
Jesús, entonces, a la triste mira

y, hecho paz, de bondad transfigurado,
de su divino amor tañe la lira
y un mundo de perdón ha derramado.



Al postrarme a tus pies

De F. Mollá Montesinos

Al postrarme a tus pies –al Infinito–,
deposita esta vida, que le has dado,
mi ardiente corazón, atormentado,
hecho panal, de gran dolor contrito.

Mi espíritu anhelante deposito
–por entrever tu albura– deslumbrado.
Todo mi ser, vencido, enamorado,
quiere volver a Tí, Cristo Bendito.

Ir a Tí, como el agua pura al cielo
–el agua que fue sucia por el suelo–
por el beso atrayente de la luz.

Porque Tú me has llamado, oh casto lirio;
porque Tú me has salvado en el martirio,
al morir por los hombres en la Cruz.



Sentirte

De F. Mollá Montesinos

Es tanta tu grandeza que sentirte
es quedar sin palabra, es adorarte,
es saberse pasado parte a parte
por dardo sin nombre, es bendecirte:

conquistar lucidez para servirte;
gozar la dicha sin igual de amarte;
en Tí sentirnos y sentirte parte
de nuestra sed de amor, y compartirte.

Sentirte es no sentir más el quebranto,
es secar fuentes del humano llanto,
trocar por alegrías el dolor...

Es encontrar, al fin, la grácil suerte
de triunfar de la vida y de la muerte
por una eterna beatitud de Amor.



Retorno amoroso

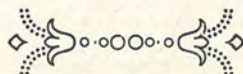
De F. Mollá Montesinos

¡Ah cuánto tiempo el corazón Te llama,
Ternura de los Tiempos, y el quebranto
de mis largos caminos hoy es llanto
de gozo del alma se derrama!...

Inmensidad de luz el alma inflama.
Inmensidad de Amor, Tu nombre santo.
Cobíjame, Señor, bajo Tu manto.
Quiero fundirme en tu divina llama.

Por los largos caminos de la vida,
¡cuántas veces el alma Te buscaba,
sin norte, errante y en amor perdida!...

¡Cuántas veces, Señor, busqué Tu encuentro,
hasta que oí Tu voz, que me llamaba,
desde dentro del alma, desde adentro!...



Precs a la Verge del Remei

De Jesús Zaragoza Giner

Amb desig incontenible,
entre rialles d'amor,
lo Petrel il-lustre, insigne,
baix d'un cel blau, clar com vidre,
despavila hui gojós.

El toc suprem de la «Bomba»,
preludi de festa gran;
el bronco morter que eixorda;
lo cant festiu de la ronda,
als xiquetes festejant;

la crida rebullidera;
la dolçaina, el tamboret,
la fira de bagatel-la...,
tot a sos modes hui prega
a la Verge del Remei.

Y en lo concert entranyable,
ofrenat per cadascú,
¿no cantaré jo mos laudes
a la tendra i santa Verge,
que del dolç Petrel es llum?

Per a ço, Verge bonica,
rosa en esclat de Petrel,

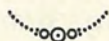
est trobador de goig brinca,
oferint-te la carisia
de sos prec's en un pomell.

¡Fixa ta vista, Vergeta,
sobre Petrel hui festíu!...
¿No veus tothom que s'apresta,
desde Caprala a l'Horteta,
per a buscar ton calú?

Acalíua-nos alhora,
en lo llar del teu regaç,
besotejant-nos jogosa,
cançonejant la salmodia,
que tú, Verge, sabs cantar.

Y quand d'aquesta manera,
amb enllaç fort i jocund,
Petrel il-lustre s'enfebra,
oferint-te sa volença,
com d'espigol el perfúm,

mostra't així, com lo que eres:
musa del nostre Parnás,
aura, bes, numen celeste,
Mare del llar petrelense,
del Remei Verge ideal.



¡Oh las fiestas de mayo petrelenses!...

De Jesús Zaragoza Giner

Ya vuelven a Petrel sus gayas fiestas,
bajo el arco triunfal del mes de Mayo.

En la vida afanosa de esta Villa,
de sus bregas las fiestas son descanso;
explosión de contento en las mozuelas
que tachonan las calles con su encanto;
embriaguez de festivos mozalbetes,
que barrutan amor rejas rondando;
vibración de piedad en las conciencias,
hacia el que es forjador de su pasado...

¡Oh las fiestas de Mayo petrelenses!
Se consagran a tí, San Bonifacio,
con inmensos retozos de aleluyas
que riman, a su modo, los aplausos,
las campanas, las tracas voladoras,
las comparsas de «Moros y Cristianos»
y el efluvio de flores que nos llega
de los huertos y montes, perfumado.

Al nombrarte Patrono de sus fiestas,
¡qué bien hizo el Petrel antepasado!...
El pueblo precisaba de un emblema,
de una cifra expresiva de los bravos
que colmaron de hazañas nuestra Historia,

y ese emblema, en tu vida fulgurando,
fue la enseña que el pueblo flameara,
para asombro de propios y de extraños.

En las crenchas de luz de sus victorias
reverberan, cual nítidos topacios,
tu tesón y tu santa rebeldía;
tu valor invencible ante el tirano:
ese temple de acero que forjara
la epopeya de Pétrola esforzado,
al humillar, con pasmo de otros pueblos,
cien pendones hostiles al cristiano.

Y por eso levantan entre flores,
las comparsas altares a su Santo,
y es el pecho de cada petrelense,
de joyante fervor, un santuario.



Sí, pero no me pidas eso...

De Jesús Zaragoza Giner

Pídeme, bien a la vera
de tu fiesta, Bonifacio,
que en el tul de nuestro espacio,
yo tremole tu bandera.²
Mas si poniendo embeleso
en los caducos pendones,
he de olvidar yo tus dones,
tú jamas me pidas eso.

Pídeme que, con mesura,
yo desvaine sutilezas;
que flagele cien torpezas
que a tus fiestas dan tristura.
Mas si, con ello, el regreso
de follones malandrines
han de sufrir tus confines,
tú jamas me pidas eso.

Pídeme que yo, señorero,
recorra toda la tierra
pregonando, por doquiera,
de tus gracias el venero.
Pídeme el albur postrero
del que penden nuestras vidas.
Pídeme las avenidas
del pecho que quiera honrarte;
pero que deje de amarte,
jeso tú jamás me pidas!

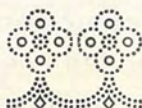
La Ermita de San Bonifacio

De Enrique Amat

La Ermita es blanca y graciosa,
por un cerro coronada,
donde brilla una mirada
angustiada y candorosa.

Es la Ermita recoleta,
como dormida en la calma,
donde se guarda la palma
de un martirio que me inquieta.

Ella a orar humilde invita
y, en su silencio profundo,
me creó fuera del mundo,
cuando me encuentro en la Ermita.



Mi fe en San Bonifacio

De Enrique Amat

Yo tengo mi fe callada
en el Mártir Bonifacio,
el que a mí llegó despacio
por una senda ignorada.

Tengo una fe remansada
con sabores de dulzura,
hecha de paz y ternura
y con llantos amasada.

Fe que mi vida sustenta,
en las horas de amargura;
honda fe, que me asegura;
la eternidad que en mí alienta.



Mi mundo sois Vos...

De Enrique Amat

Al mirar vuestros gráciles encantos,
me dejáis entrever el alto cielo
y de amaros se enciende en mí un anhelo
que borra mis humanos desencantos.

Vos me movéis a pensamientos santos,
a despreciar el barro de este suelo
y a tender hacia lo alto el raudo vuelo
en demanda de un Reino sin quebrantos.

Qué gloria cuando fijo en Vos mis ojos,
y os miro, y me miráis con dulce empeño,
con mirada serena y celestial...

Entonces ya no hay mundo ni hay abrojos:
mi mundo sois Vos, reina de mi ensueño,
con tu blanca pureza de cristal.



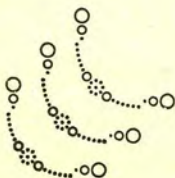
Mi plegaria a la Virgen

De F. Mollá Montesinos

No soy digno de mirarte
con estos ojos de tierra,
pues todos los soles, ¡todos!,
en tu rostro reverberan.

No soy digno de adorarte,
de los cielos clara Reina:
soy cual gusano perdido
en los hoyos de la tierra...

Pero levanto mis ojos
a las mansiones sidéreas.
¡Ten piedad por tanta audacia,
por tanto amor, Madre excelsa!...



Navidad de 1965, Felicitando a unos niños

De F. Mollá Montesinos

Tal noche como esta noche,
en un portal de Belén,
de una doncella –María–
nacía el Dios de Israel.

Siendo Rey del Universo,
vino a un pesebre a nacer,
sin más abrigo que paja
–que recogió San José
del establo–; por compañía,
la de la mula y el buey
y el burrito que trajera
a la Virgen a Belén,
al tiempo que, en las montañas,
los pastorcitos también
vieron en la noche oscura
una estrella aparecer.
Y bajaron a adorarle.
En zurrónitos de piel,
le llevaron queso fresco,
blanca nata, leche y miel.
Y tocaron jaramillos,

chirimías y rabel.
Y el Niñito se dormía
en brazos de San José.
Y, guiados por la estrella,
vinieron Reyes también:
Reyes Magos del Oriente,
que le adoraron por Rey
de Reyes, dándole oro,
incienso y mirra... Después
se volvieron al desierto,
felices de tanto bien...

El Niñito que naciera
para el Amor, en Belén,
viva siempre en nuestro pecho
¡y jamás se salga de él!



Bonifacio: La fiesta eres Tú

De Jesús Zaragoza Giner

¡Oh Santo glorioso! ¿Te placen las fiestas
que aquí te consagra este pueblo fabril?
¿Serán de tu agrado las cien trapatiestas
de músicas, truenos y enseñas enhiestas
que al viento flamea la tropa gentil?

Yo sé que, pagano, te andabas sin freno
buscando en holgorios idílica paz;
que en tus mocedades no fuiste tu bueno,
pues, loco, libaste del vicio el veneno,
con rara insolencia y astucia procaz.

Mas luego ¡qué cambio se atisba en tu vial...
Tan pronto la informa del Cielo la luz,
tu mórbida andanza falaz, fermentada,
se trueca muy presto de Cristo en trasluz.

Y así, yo en tí admiro la fe prepotente,
obsequio que el alma tributa al Señor;
y el hálito tierno, suave y caliente,
del pecho que fía, sumiso y silente,
en santas promesas del Dios-Redentor.

A mí me confunde, me humilla, me leva,
el celo sublime de tu caridad:
aquella privanza de Amor que te lleva,

doquiera el pecado miserias encueva,
a caza de adeptos, de Cristo heredad.

Y aquellos deliquios de tu alma extasiada
en santas consignas, de hazañas en pos.
Aquellos arrestos blandiendo tu espada,
sin miedo a la muerte, la frente elevada,
son signos de atleta que pugna por Dios.

Por eso pregunto: ¿Te placen las fiestas
que aquí te consagra este pueblo fabril?
¿Serán de tu agrado las cien trapatuestas
de músicas, truenos y enseñas enhiestas
que al viento flamea la tropa gentil?...

No sé yo qué diga. Si tú, redivivo,
formaras comparsa; no fueras altivo;
la fiesta del pueblo sellaras con fe,
con la fe que antaño forjaba su activo
el pueblo creyente llamado Petré.

¿Del Bando Cristiano comparsa tú fueras?..
¿Serías tú Moro?... No puedo dudar:
serías festero viviente, de veras,
festero que pugna las sacras maneras
que dan contenido a estas fiestas sin par;
festero que goza ondeando banderas;
festero que reza, cuando hay que rezar.

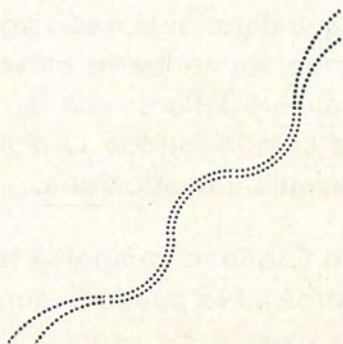
Y al fin, vindicada por tí nuestra gesta
al prístino origen cristiano, viril,

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

cabría decirte: ¿Te gusta la fiesta
que aquí te consagra la tropa gentil? .

.

...Y un eco se escucha vagando en los cielos
-recuerdo sagrado de nuestros abuelos,
mandato constante de suave tabú-
que al roce en las almas henchidas de celos,
parece que expresa febriles anhelos:
¡Te gusta la fiesta!... ¡La fiesta eres tú!



Renunciamiento

(A la Virgen del Remedio)

De Enrique Amat

A tus pies vengo, Señora,
a postrarme, emocionado,
pues quiero estar a tu lado,
día a día y hora a hora.

Te ofrendé en mi juventud
hondas y humildes plegarias.
¡Y qué claras luminarias
encendió en mí tu virtud!...

Hoy regreso de ambiciones,
de miserias y de luchas,
de ideas torpes, de muchas
y funestas tentaciones.

Hastío siento del mundo,
de pasiones, de riquezas,
de honores y de bellezas
y de placer nauseabundo...

Nada deseo, Señora.
Quiero estar junto a tu estrado,
en éxtasis arrobado,
día a día y hora a hora.

Quando miramos la mar

De F. Mollá Montesinos

Quando miramos la mar,
al calcularle sus piélagos
viajando en la profunda
variedad de sus misterios,
el alma –que es quien comprende
el sentido de lo inmenso–
ábrese toda al Amor
infinito del Dios Nuestro.

Quando en las noches, pobladas
de estrellas, el pensamiento
se adentra en las lejanías
luminosas del silencio,
el alma –que es quien comprende
el sentido de lo inmenso–
ábrese toda a la Gracia
amorosa del Dios Nuestro.

Quando en los ojos de un niño
–lo más semejante al cielo–
advertimos su inocencia,
su claro mirar angélico,
entendemos que el Amor
es el plan del Dios Eterno...
Y el alma, que así lo entiende,
hacia el Padre eleva el vuelo...

A la Patrona de mi Pueblo

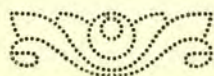
De Enrique Amat

Nítidos soles brillo te prestaron
y en tu dulce mirada se durmieron;
brillantes ortos para Tí se abrieron
y ocasos para Tí se arrebolaron.

Luceros a tus ojos se asomaron
y en tus claras pupilas se perdieron;
límpidas albas para Tí nacieron
y en tus suaves mejillas se quedaron.

En el marco, sin par, de tu hermosura
florece la pureza que enamora;
una estela de cálida ternura;

fulgor de estrellas y brillar de aurora...
¡Que por algo te cupo la ventura
de ser Madre de Dios, Reina y Señora!



Las Piedras

De F. Mollá Montesinos

Todas las piedras del mundo
son de inquietante silencio;
entrañan todas las cosas
depositarias del tiempo,
toda la vida en su carne,
toda la luz en su adentro,
las caracolas del aire,
la bronca voz del océano,
el latido de la fuerza
en sus reservas de fuego
y la historia de los hombres,
ya en la entraña, ya en el eco.
¡Todas las piedras del mundo
son de inquietante silencio!..

¿Y aquellas de Palestina
recargadas de misterios,
grabadas en los vibrátiles
pentágramas de sus centros?...
¡Son voz de un Niño, tiernísima
-Verbo de todos los tiempos-
como palmera de luz
en la Rosa de los Vientos;
dolor que matiza Amor
toda la sangre vertiendo,

deshaciéndose en ternura,
eternizando muriendo!...

¿Y las piedras de Belén?...
¡Cuánta ternura de besos!...
¡Qué humildad la del pesebre
para el Rey del Universo!...

¿Y las piedras de montañas,
do Jesús diera, a los vientos,
la enseñanza de los siglos
y alimento a los hambrientos?...

Piedras de Getsemaní
entre olivares del Huerto,
¿guardais de Nuestro Señor
las caricias de su peso?

¿Y esotras, las del Calvario
que besaron el Madero;
las que goteó la Gracia
de la sangre del Dios Nuestro?

¿Y la piedra del sepulcro,
cuando Cristo estaba muerto?
¡Debió ser pluma, no piedra,
pues que en gozo saltó al viento!...

¡Piedras, herméticas piedras!...
¡Qué misterios
no llevais en las entrañas,
en vuestros hondos silencios!...

Postrado ante tu Imagen

De Enrique Amat

Ante tu imagen, otra vez postrado,
está Petrel, auténtico y creyente,
inclinando ante tí la honrada frente
y abriéndote su pecho esperanzado.

Es el pueblo sencillo y confiado
que, en su Fiesta Mayor, llega silente
a proclamar, Patrón, su fe valiente,
y el tributo que rinde a su pasado.

Es el rancio Petrel que en tí confía;
el pueblo franco, abierto y generoso
que te eligiera por seguro guía,

en un día lejano y venturoso,
y que hoy al mundo impío desafía,
porque tiene tu brazo poderoso.



Ya es la hora...

(A la Virgen del Remedio)

De Enrique Amat

Hora es ya de elevar el pensamiento
y, con rosas, lavar los corazones;
de engalanar las almas con los dones
de un amor de entrañable sentimiento.

Hora es ya de poner la proa al viento
de una auténtica fe, sin concesiones.
Es hora de olvidar incomprendiones
y buscar un humano entendimiento;

de dar a nuestra barca el conveniente
rumbo cara el futuro, no al pasado,
y adoptar la actitud, noble y valiente,

del que reza a tus pies arrodillado.
Hora es de retornar a Vos, Señora:
que del vivir cristiano ya es la hora.



Fuente del tiempo...

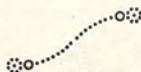
De F. Mollá Montesinos

Fuente del tiempo y de la vida fuente.
Manantial, torrentera y mar de vida.
Imperio de la luz. Alma encendida
y abrasada de Amor omnipotente.

¡Qué júbilo sentirme en la corriente
de fuerza universal incontinida;
sentirte en la agudeza amanecida
de Eterno Sol y acontecer consciente!...

¡Señor! Mira la frágil criatura,
-vibrátil criatura enamorada,
desde su tosca planta, de la altura-.

Somos tus hijos, en viviente Amor,
falenas que sacaste de la nada.
¡Y aún nos levantas hacia Tí, Señor!...



El Ramo de la Virgen del Remedio

De Jesús Zaragoza Giner

Con toda la castiza filigrana
de la industria feraz que el pueblo tiene.
Con el arpegio claro en que la vida
de brega y de solaz aquí sucede.
Con los tiernos suspiros que se escapan
del pecho del creyente.
Con las rancias querencias
de sus castas mujeres.
Con chasquido de besos
que –ruego omnipotente–
engastan cada día nuestros niños
en la imagen celeste.
Con toda la ternura que rezuma
el alma petrelense...
Con tales flores de sin par belleza,
a su morena Virgen
fabricole Petrel un ramillete.



Evocación Bíblica

De F. Mollá Montesinos

El Niño duerme en la cuna.
Parece botón de almendro,
nimbado en palor de luna.
Más frágil que rododendro,
¡y todo el poder aúna!

La Virgen lava pañales
con el agua del aljibe
y, mientras lava, percibe
los cánticos celestiales
que el Niño Jesús recibe.

Somnolientos dromedarios
beben sombra en la palmera;
otros, pasan solitarios
por erial y calvarios
de la rojiza pradera.

¡Oh poesía saudosa
del bíblico Nazaret!
Mientras el Niño reposa,
la Virgen lava, y José
labra madera olorosa.

El Niño duerme. Su cara
es miel de cielo y es luz,
que a ninguna se compara.
¡Qué inocencia!.. ¿Quién pensara
la tragedia de la Cruz?

Súplica a la Virgen del Remedio

De Enrique Amat

Tú, madre celestial, que desde lo alto
contemplas a tus pies la fe dormida
y que ves a tu grey, casi dormida,
víctima de Luzbel y de su asalto;

que auyentas el temor y el sobresalto
y eres el bálsamo de humana herida;
Tú, refugio de toda alma afligida,
detén del pecador su mortal asalto.

Tú, Patrona, tú, Virgen, que serenas
el turbulento mar de las pasiones;
Tú, Madre de Jesús Crucificado,

que haces don de tu gracia, a manos llenas,
renueva las añejas devociones
y haz que viva Petrel siempre a tu lado.



Canción de Cuna

De F. Mollá Montesinos

El niño en la cuna
sonríe inocente.
Un rayo de luna
le besa la frente.

La madre le canta con trémula voz:
«La Virgen María, la Madre Dios,
cultiva en el cielo, con santo primor,
un huerto de estrellas, de luna y de sol,
que está siempre alegre, que está siempre en flor.
¿No sabes sus frutos a quién ha de dar?
Si duermes, un ángel te lo contará.

¡Ea, ea, ea!...
Que el cielo te vea,
mi niño pequeño,
en alas del sueño,
subir y subir.
¡Ea, ea, ea!...
El niño es muy bueno
y ahora, sereno,
se entrega a dormir.

«La Virgen se viste con su delantal,
blanquito de luna y azul como el mar.
Después, sonriente, va al pie de un rosal;
con hilos de estrellas se pone a bordar.
De nieve es su frente; de plata, el dedal.
¿Qué borda la Virgen? ¿Qué quiere bordar?
Si duermes, un ángel te lo contará.

!Ea, ea, ea!...
Que el cielo te vea,
mi niño pequeño,
en alas del sueño,

subir y subir.
¡Ea, ea, ea!...
El niño es muy bueno
y ahora, sereno,
se entrega a dormir.

«Vestida de blanco y azul –rosa-te–,
la Virgen amasa rollitos de miel.
Un lirio es su cara; su boca, un clavel;
sus rizos, los rayos del amanecer;
y un cielo, sus ojos, remanso del Bien.
¡Rollitos de gloria!... ¿A quién los dará?
Si duermes, un ángel te lo contará.

¡Ea, ea, ea!...
Que el cielo te vea,
mi niño pequeño,
en alas del sueño,
subir y subir.
¡Ea, ea, ea!...
El niño es muy bueno
y ahora, sereno,
se entrega a dormir.

«Se cubre con manto de rico claror,
bordado de estrellas, de luna y de sol.
La gloria del cielo le da su fulgor.
Su gracia resalta delante de Dios,
y todo es en ella ternura y amor.
¿A quién, con su manto, feliz cubrirá?
Si duermes, un ángel te lo contará»...

El niño en la cuna
durmiose inocente.
El rayo de luna
se fue lentamente...

Lo mío

De F. Mollá Montesinos

Es mío el sol, pleno, hermoso,
que vigoriza mi cuerpo,
que me envuelve en gracia cósmica,
como un fruto verdadero.

Mío, el azul blando y riente
de las estrellas, del viento,
de mi sangre, de mi vida,
de la carne de mis versos.

Mía, la sal de mis lágrimas,
y el pan —que me llega trémulo—
de oro, fatiga y dulzura,
por ley de mi propio esfuerzo.

Mía, el agua de mi boca;
mía, la cal de mis huesos;
y las llagas de mis plantas;
y el barro de mis deseos.

Mío, el peso de mi cruz;
mío el instante supremo
de dejar lo que no es mío
—que prestado me lo dieron
para probarme en el mundo—
y proseguir el sendero.

Cuánta misericordia, Señor

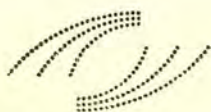
De F. Mollá Montesinos

¡Vivir siempre en la sombra era tan triste!...
El alma se tiznaba y se atería.
¡Cuán lejos de mi noche amanecía!
Mas Tú piadosamente a mí veniste.

Aurora sin medida amaneciste.
Tu luz me penetró serena y pía.
¡Oh día sin confín, sin tiempo! ¡Oh día
que alumbraste mi espíritu y le abriste!...

...Contaste tu rebaño. Faltaba una
oveja en la ternura de tu aprisco.
Y saliste por sendas y sin luna

con dolor de perderla; con Amor
de encontrarla abismada sobre el risco.
¡Cuánta misericordia en Tí, Señor!



Elogio del campo

De Enrique Amat

Es aquella fuentecilla oscura,
cubierta por el ramaje,
en escondido paraje,
que eterna canción murmura.
Ese canto de ternura
que va entonando esta fuente,
siempre igual, serenamente,
mientras, vena cristalina,
musical y cantarina,
se desliza mansamente.

Ese pino corpulento
que al huracán desafía;
ese titán que porfía
con la lluvia y con el viento;
el árbol, de azul sediento,
que con graciosa rudeza
pone un signo de belleza,
de serena majestad,
y un tesoro de humildad
esconde en su fortaleza.

Ese limpio azul del cielo,
que de puro azul nos hiere;
ese añil, que nunca muere;
el ave que cruza en vuelo;
el inocente arroyuelo;
la nube de gris color;
esta peña; aquel alcor;
el ondulante sembrado,

y hasta aquel lejano prado
que tiene un almendro en flor.

Ese tímido jilguero
que, con graciosa armonía,
derrama su melodía
sobre el paisaje severo.
Ese torcido sendero,
que a lo lejos se divisa.
Esa cumbre brava y lisa.
Ese bosquecillo umbroso
y un rebaño numeroso,
de actitud blanda y sumisa.

Profunda quietud silente;
soledad que me enamora;
gracia de tu ave canora;
música de la tu fuente;
sinceridad que no miente;
imagen del campo; lanza
de un anhelo que me alcanza;
manantial de poesía;
fontana de mi alegría
y luminosa esperanza...

Mañana de rosicleres,
encendidos arreboles,
días de dorados soles
y suaves atardeceres...
Campo abierto, amigo, que eres
norte que guía mi intento
de fundirme ya en tu aliento,
en una actitud austera...
¡Porque también a tu vera
más cerca de Dios me siento!

El Pan

De F. Mollá Montesinos

("El pan es sentimiento")

(F. F. Alborz)

¡Oh ruta de voluntades
—en vía-crucis del alma—
que muestras al sol la trémula
floración de tu esmeralda!...

Eres canción de presencia;
verde júbilo de cañas;
sustancia de pensamiento;
bíblica fuente de gracia;

grito de sangre y de espíritu;
voz de luz idealizada;
ascensión de la materia
a la altura de las lágrimas...

¡Pan!... Sacrificio de vidas,
por ser nota y ser palabra;
sinfonía de la norma;
sustanciación de la Gracia...

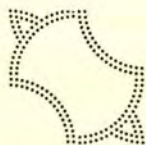
El grano deja de ser
y, no siendo en sí ya nada,
es entonces, en el Todo,
pensamiento, vida y alma.

La simiente, como Cristo,
perece sacrificada

por nosotros, y a nosotros
viene en pan y en Hostia sacra.

El es la carne divina
que en carne nuestra se encarna.
Es dolor, es sacrificio
en rutas de la Esperanza...

¡Oh pan, canción del trabajo,
evaporación de lágrimas,
levadura del progreso,
mensaje de Amor y Gracia!



Me basta con mirar tus ojos

(A la Virgen del Remedío)

De Enrique Amat

Te miré, temeroso y suplicante;
pero al verme mirado con ternura,
disipó tu mirada la tristura
que a mi pecho abatía aquel instante.

Ya después he mirado tu semblante,
siempre abierto, cual mar de la ventura,
y mi barca, en alegre singladura,
por él ha navegado tan boyante.

Ya no me importa la grandeza humana.
Los títulos mundanos no me admiran.
Aun la torpe ansiedad, tengo por vana,

de los que en busca del caudal deliran.
¡Me basta con mirar, cada mañana,
esos plácidos ojos que me miran!



Te hubiera besado...

De Jesús Zaragoza Giner

Yo te ví esta mañana,
oh churumbel gitano.
Tu madre, mujeruca
de pelos desgreñados,
tras de calmar tu hambrina
su mórbido pechazo,
te colgó a sus caderas,
cual si fueras un fardo,
porque los churumbeles
los hijos de gitanas,
no tienen coche-cuna,
cual otros niños hanlo.

¡Oh mi niño feucho!...
¡Oh churumbel gitano!...
¡Cuántas liendres tenían
tus cabellos castaños!
¡Cuánta mugre afloraban
tus pobretes harapos!
¡Qué flacuchos y enclenques
tus piernas y tus brazos!
¡Cuánta baba hedionda
destilaban tus labios!...

Pues así, gitanillo,
yo te hubiera besado:
¡que también son iglesia
los hijos de gitanos!

*Quando advienen a este mundo,
¿qué verán las almas?*

De F. Mollá Montesinos

Al llegar a las puertas del Infierno
-ha proclamado el Dante- ven las almas
un aviso, el fatídico letrado:
«¡Ah, vosotras, perded toda esperanza!

Y, llenas de tristezas infinitas,
penetran las cuitadas en la noche
sempiterna de todas las desdichas,
cruzando con Carón el Aqueronte.

Quando advienen las almas a la vida,
al destierro lacrimonoso de los humanos,
¿qué será lo que ven ¡las pobrecillas!,
pues que aquí todas llegan sollozando?...



Alma

(A F. F. Alborz)

De F. Mollá Montesinos

Como flor de increíble pureza
que naciera en un campo de brezos
destinada a aromar los espinos
que te juren desdichas de infierno,
vas inerte y sublime en la Vida,
que te vuelve en dolor cada beso
y que paga el amor de tu índole
de luz y saudade, en pozos de odio profundos y tétricos...

Como azul riachuelo que sueña
refrescar los manzanos del huerto
para ser en la boca del hombre
el sustento y su caro venero,
y lo arrojan a estepas ingratas,
su frescor y humedad maldiciendo,
vas inerte y sublime en la Vida,
derramando en la tierra el amor y sufriendo en silencio...

Como grano de trigo que aspira
—entregado, al martirio, su cuerpo,
de la muela insensible que ignora—
a ser hostia sagrada en el templo,
y se pierde en la arena quemante
de un letal y sombrío desierto,
vas inerte y sublime en la Vida,
Hipsipila que sigue una luz de inefables destellos...

Como larva en la hoja oscilante,
que fraguara en silencio su empeño

C U A N D O L A S Y E M A S R E V I E N T A N

de esplendor en un prisma de luces
unas alas que lleven al cielo,
 tras pasar, infeliz, las premuras
del más lóbrego y gélido invierno,
vas inerme y sublime en la Vida,
mas serás mariposa de luz en jardines de ensueño...

Como el arpa divina que anula
el dolor con sus dulces acentos,
y se ve abandonada en el polvo,
matizando el silencio su ensueño,
 vas inerme y sublime en la Vida
—¡alma cara que nimba el misterio!—,
acuñando armonía recóndita,
embebida en la luz que se deja entrever de lo Inmenso...

Cual deslumbra en la noche enigmática,
emergente y sereno, el lucero
que rutila en las calmas remotas
armonías de luz y misterio,
 así vas en la vida del hombre,
anulando lo fosco del piélago,
y aunque nubes extrañas te eclipsen,
¡seguirás derramando la luz por las rutas del cielo!...

¡Perla inmersa, en abismos ingentes,
que brillar a la luz es tu anhelo!
¡Llama blanca en la noche insondable,
pululante en el piélago negro
 por hallar el resquicio que lleve
a fundirte en los soles inmensos!
¡Eres chispa salida de Dios,
que regresas a Dios a través del espacio y del tiempo!...



¡Qué injustos somos contigo!

(A la Virgen del Remedio)

De Enrique Amat

Tú que presides, Señora,
los petrolancos destinos;
tú que derramas amor
y nos ofreces tu auxilio;
tú que eres la dulce Madre
del creyente y del impío;
tú que nos brindas, clemente,
rumbo exacto en el camino;
tú que le tiendes tus manos,
tan blancas, al desvalido;
tú que eres luz y eres mar,
eres fuente y eres río,
eres sol y eres estrella,
eres nardo y eres lirio...,
¡tú llorando nuestras culpas,
sufriendo nuestro desvío!...

A cambio de tu bondad
la rancia fe hemos perdido.
Para pagar tu ternura,
te hurtamos nuestro cariño.
En pago de tus amores
¡cuánto humano desatino!
En vez de adorarte, Madre,
cavamos fosas de olvido.
Tú nos llamas, cada día,
y nosotros... no te oímos.

¡Qué injustos somos, Señora!
¡Qué ingratos somos contigo!

14 de Mayo

De Enrique Amat

Las Comparsas te rinden su bandera
y te prestan, Patrón, su vasallaje.
Aquí, a tus pies, están, en homenaje
a tu martirio y a tu fe cimera.

El amor del festero y la festera
te aclama como Rey de este paraje.
El pueblo fiel, de espléndido linaje,
quiere el Jordán de tu virtud austera.

Para Vos ha creado esta floresta.
Tú eres Señor de bellas tradiciones
y dueño de Petrel y de su espacio.

Que no hay mejor blasón para la Fiesta
que ser la esclava y esperar los dones
del Mártir y Patrón San Bonifacio.



Entrega total

De F. Mollá Montesinos

Señor, cuanto me diste, yo te entrego,
no sé si por las penas depurado.
Porque penas, Señor, también me has dado;
mas si Tú me las das, son mi sosiego.

Señor, escucha mi amoroso ruego:
perdona mi torpeza y mi pecado;
por la herida que mana de tu lado,
dame, Señor, de tu divino fuego.

Todo lo que me diste, ya te doy.
Y además de yo darme cuanto soy,
doite amor y dolor de mi experiencia.

Sobre todo el amor –Tú lo infundiste–.
Faro feliz de mi existencia triste,
¡acéptame, Señor, por tu clemencia!...



Ofrenda de Petrel a su patrona

De Jesús Zaragoza Giner

Nuevo trono de flores y querubes,
sobre ingravidas nubes,
te ha ofrendado Petrel, aquestos días,
como signò expresivo del agrado
con que acepta tu quieto matriarcado
y el dominio gentil con que Tú guías.

Tómalo, pues, Señora. Mis ovejas,
porque cesen tus quejas,
anhelan, impacientes, el venero
del amor maternal de tu mirada,
que trueca en alborada
la triste y larga noche del sendero.

En las fiestas de Octubre yo lo he visto.
Cual las turbas a Cristo,
te aclamaba, gentil, gente sencilla.
¡Gargantas de artesanos penitentes,
con plegarias fervientes,
rasgaban los espacios de la Villa!

Transido de dolor, yo ví en las casas
la artesa, sin hogazas;
los cuerpos, por el paro flagelados,
y en cortejo filial los corazones
baladas de oraciones
desgranar a tu efigie, esperanzados.

Y a la madre que llora al hijo ausente,
y al hombre, en la pendiente

de la vida, cargado de tristezas...,
a Petrel, afligida por intrigas,
unirse, cual hormigas,
musitando, acuciosa, sus ternezas.

Mira a Petrel, oh Madre soberana,
No hay balcón ni ventana
de la Villa –cuajada de tapices–
que, a tu paso, no tengan amadores
que, anhelan los fulgores
de la mirada con que Tú bendices.

Mira a Petrel, Señora del Remedio.
¿No me dices que el medio
de alcanzar, infalible, mil venturas,
es ponerte del hombre intercesora?
El pueblo que te adora,
Mediatriz te proclama en sus tristuras.

Y al llevarte, triunfal, por nuestras calles,
por los huertos y valles,
un hervor religioso levantando,
mira a Petrel, hormiguero de creyentes,
que inclina ya su frente.
¡Míralo bien, Señora! ¡Está rezando!...



A la patrona de Petrel

(Oración)

De Enrique Amat

Haz que brote en el seco pedregal
—que es el mundo moderno y descreído—
un torrente de amor, hoy escondido
en la entraña de duro roquedal.

Haz, Señora, que el ansia material
—pobre blasón del mundo pervertido—
conviértase en un canto conmovido
por tu blanca pureza de cristal.

Haz que todos adoren tu hermosura;
mueve Tú al hombre, de placer sediento,
a que busque la luz de la verdad,

y que el mundo, frenando su locura,
eleve su marchito pensamiento
al reino de la fe y la caridad.



¡Madre mía!

De Enrique Amat

Pretender, en las líneas de un soneto,
cantar exactamente tus bondades,
sería vanidad de vanidades,
tomando lo irreal por lo concreto.

Desvelar para el mundo ya el secreto
de glosar tus excelsas cualidades,
no es posible; que ahondar en tus verdades
escapa el marco del estilo escueto.

Tanto tu alba pureza se merece,
que desborda la humana fantasía;
la mi pluma, en suspenso, empequeñece.

¿Que puede revelar mi poesía?
Pues que de todo mérito carece,
es humilde al decirte: ¡MADRE MÍA!...



El camino de la vida

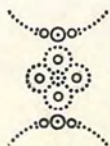
De F. Mollá Montesinos

Según tu voluntad, tengo un camino.
Comprenderlo, Señor, es mi contento;
y seguirlo, este gran deslumbramiento
que me inmerge y me absorbe en lo divino.

¡Oh júbilo inmortal!... Ver mi destino,
entender que mi vida fue tu aliento;
que mi ser es de luz, porque te siento
en el vuelo sin nombre de mi sino;

que sentirte, Señor, es encontrarte,
ver la clara misión de mi venida...
Y al pensar que sufriste por amarme,

bendigo mis trabajos y dolor,
sabiendo que la gloria de esta vida
es fundirse a la llamada de TU AMOR.



Poemas

Profanos

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

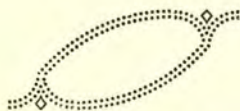
Poemas

Profanos

Petrel

De Jesús Zaragoza Giner

Al pie de atalaya mora,
cabe «El Cid» y «Chaparrales»,
muestra su encanto, a raudales,
una ninfa que enamora.
Es del alfar bella aurora;
de Ceres, amante fiel,
y un ponderado joyel
de la industria zapatera.
¿Quién decir menos pudiera
de la Villa de Petrel?



Cara a la luna

De Gabriel García Romeu

Ponte de cara a la luna
y, en la noche, noche clara,
no ocultes tu rostro nunca
al brillo que luce al alba.

Mírala fija, muy fija,
y verás que sus fulgores
sobre tus retinas clavan
montañas de luz rojiza,
como manto de damasco
entre castillos de plata.

Mira, en noche despejada,
cómo en el campo sombrío
brillan de azul los plantíos
mirando a la luna clara.

Mira el árbol y la flor
y los montes y praderas
cómo lloran de tristeza,
con lágrimas del rocío,
avanzada la mañana,
por no ver la luz que luce
cuando está luciendo el alba...

Mira a la luna y, entonces,
verás el hada vestida

con galas de purpurina,
casaca de postillón
y fusta de vara mágica,
llevando bridas de oro,
cabalgadura de plata,
caminando, caminando,
hacia la luna encantada.

Mírala como quien mira
a la luz que da su cara;
con los rayos de la luna
que se crucen tus pestañas
y, muy cerca de tus ojos,
verás pasar las cascadas
de oro y plata, plata y oro,
que brotan al dulce encuentro
de la luna y tu mirada.

Ponte de cara a la luna
y, en la noche, noche clara,
no ocultes tu rostro nunca
al brillo que luce al alba.



Mi tierra

De Enrique Amat

Esta ilustre y noble villa
tiene humilde y breve Historia,
en sus muros encerrada:
una tradición sencilla,
una limpia ejecutoria
y una hidalguía probada.

Es un pueblecito austero,
por un cerro dominado;
tiene un valle bien pequeño;
un cielo añil, un otero,
un alto monte encrespado
y un rincón para el ensueño.

Mi tierra está esquilhada;
es de bien difícil traza;
es ardiente, seca y dura;
por altos riscos celada;
es agreste, montaraza
y no exenta de bravura.

Este modesto paraje,
donde un olmo se levanta,
que coloso me parece,
y en medio del gris paisaje
una humilde canción canta
y un noble perfil ofrece,

es mi tierra, sí, la mía,
la que tiene bien guardados

los huesos de mis mayores;
la do ví la luz un día;
la de mis tiempos dorados;
la de mis años mejores...

Si triste, para mi es bella;
si pobre, fértil la creo,
y de generosa entraña;
y aunque humilde toda ella,
más hermosa no la veo
por los rumbos de mi España.

Vivan otros en vergeles,
en suelos prometedores.
Déjenme a mí la ventura
de los modestos laureles,
de los ásperos colores
de mi tierra ardiente y dura.



El monte "silla del Cid"

(A D. Santiago García Bernabeu)

De F. Mollá Montesinos

Se levanta a los cielos, como un grito
de un ingente dolor petrificado,
entre brumas azules proyectado,
cual si fuera a escalar el Infinito.

El sol en cataratas se derrama
sobre su hombro de siglos apretados;
y en su entraña, habitada por los Hados,
el misterio dormita en una llama.

Sus laderas perfuman. La su cumbre
sereniza el confín en un vislumbre
azul de cielo, tierra parda y mar...

Y, en su sima de piedra torturada,
gime el agua, en abismos sepultada,
añorando los cielos reflejar.



¡Qué novia tan guapa!...

De Jesús Zaragoza Giner

¡Qué guapa es mi novia!... Su imagen esbelta
se ofrece nimbada de lampos de luz.
Los silfos le dieron perfume de adelfas;
los pródigos cielos, un Cid por peineta;
por blonda mantilla, su límpido azul.

¡Qué novia tan guapa la novia que tengo!...
Asceta ferviente, de noble blasón,
yo tengo una novia –¡cuán raro portento!–
que alzó, a sus expensas, la mole de un templo
al signo del Cristo, del Dios-Redentor.

Gentil campesina que pone en las aguas
anhelos de Ceres con mimo sin par,
yo tengo una novia que, en cada masada,
se quiebra de amores abriendo fontanas,
haciendo del yermo vergel edenial.

Esteta fecunda, nidal de artesanos
que montan industrias con férvido ardor,
mi novia es la novia –¡canción del trabajo!–
que rima en el cuero, que canta en el barro
su mágico anhelo de un mundo mejor.

¡Qué guapa la novia que el estro me inspira!...
...¿Qué como se llama tan lindo joyel?
Las musas que velan por sotos y villas,
al verla creyente, fabril, campesina,
llamáronla, entonces, LA NOBLE PETREL.

La siembra

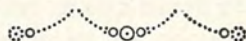
De F. Mollá Montesinos

Bajo el naciente Sol, tras los cansinos
bueyes que andan arando mansamente,
echando van al surco la simiente,
alegres, los sencillos campesinos.

Sus sueños son remotos y divinos:
ya ven la rubia mies; ven el presente
del cielo; la cosecha providente,
miel de ternura y paz en sus destinos.

Mas yo que sé de amargas odiseas,
lanzo al aire mis sueños increíbles,
mis ansias de Infinito, mis ideas:

como soy sembrador de inmarcesibles
simientes, no tendré rubias preseas.
¡Ay... seré cosechero de imposibles!...



Tú que miras tanto el cielo...

De F. Mollá Montesinos

Tú que miras tanto el cielo
me envuelves en tu mirada.
Tú que amasas el pan rubio
—esa lágrima celeste—,
me envuelves en tu mirada.
Tú que cantas en el tiempo
—voz de madre, voz de hermana,
voz de esposa en los senderos—,
me envuelves en tu mirada.

Tú que desatas los sueños
por los caminos del alba,
por los vértigos azules,
inocentes de distancias...

Tú que lloraste en mi hoguera
y la fundiste en tu llama
y en la borrasca del tiempo
me devolviste la infancia...

Tú que encantas los caminos
con mansedumbre de gracia,
con bondad de trigo mártir,
con ternura de parábola...

...Tú que miras tanto el cielo
me envuelves en tu mirada;
parece que el cielo todo
me vas metiendo en el alma.

¡Vibración de eternidad
en la tierna llamarada
de las fugaces estrellas
de tu pupila enigmática!

Celos

De Gabriel García Romeu

Yo quiero verte muy sola
perdida entre las montañas;
saber que no habrá caricias,
para tu carne rosada;
que no habrá voces ni cantos
ni vocablos ni miradas,
que no salgan de la brisa,
del sol, del cielo, del agua...

No importa que estés desnuda
tras de aquellas peñas altas;
ni que te cubran de sombras,
con sus cuerpos, las majadas,
pues sé que comerán hierbas
las bestias, ensimismadas,
sin alterarse su sangre,
tan cerca tu bella estampa.

Quiero que estés siempre lejos,
muy lejos de raza humana,
donde el asfalto no sienta
el roce de tus pisadas;
donde no lleguen suspiros
que puedan romperte el alma;
donde lo mío sea mío,
aunque se escape entre matas...

Yo quiero verte muy sola,
perdida entre las montañas.

¡Qué hondo te siento!

De Enrique Amat

Abrí mis ojos, por la vez primera,
y tu luz deslumbrante hícela mía.
En tí está el hontanar de mi alegría
y el marco de mi alegre primavera.

En tu humilde rincón, tan levantino,
nací, y en tu regazo me crié,
y a tu sombra fraterna yo crucé
de mi existencia todo su camino.

Esas calles antiguas, agarenas,
de traza caprichosa y retorcida,
son tu imagen, de siempre tan querida,
que me ató con sus gráciles cadenas.

Aquí tengo yo dichas desgranadas,
querencias juveniles, gratos sueños,
imágenes queridas..., mil ensueños
y muchas ilusiones soterradas.

Aquí fueron mis épocas mejores;
aquí mi risa franca y bulliciosa,
y la vida ofreciendo deliciosa
senda, que yo corría sin temores.

Aquí, la antigua y entrañable casa,
santuario y hogar de mis mayores;

aquí, el nido feliz de mis amores
y –perdido– el pasado que me abrasa.

¡Oh montañas, oh luz, oh caro suelo,
que sabeis de mis tiempos juveniles,
que habeis visto mis claros veinte abriles
y mi alta frente levantada al cielo!...

Hoy desciendo la senda de la vida,
blanca mi sien, marchito el corazón;
mas, como antes, me alegra la canción
de tu vieja campana conocida.

Huyó mi juventud –ello es bien cierto–
dejándome el dolor de desengaños;
mas si marcharon mis mejores años,
me quedas tú, Petrel, en campo abierto.

Me abruma la nostalgia que en mí llevo;
mas tu castillo que, impasible, asoma,
arriba, en lo más alto de la loma,
me trae resonancias del Medioevo.

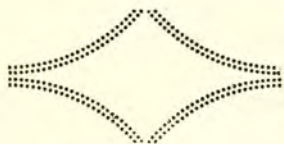
Perdí también mi juvenil vehemencia;
pero si miro tu antañona ermita,
siente mi alma una paz, dulce, infinita,
que me habla de perdón y de clemencia.

Pues de tu embrujo vivo prisionero,
anhelo aquí yacer, junto a tu vera;
de la muerte pasar la larga espera,
y en tu honda entraña descansar yo quiero.

Y si por un azar infortunado,
lejos de tí, sin verte, yo muriera,
si en el mundo hay un alma que me quiera,
que me traigan a dormir junto a tu lado.

Pues si en vida, Petrel, fuiste fanal,
que marcó exacto rumbo a mi destino,
quiero alzarme en tu suelo peregrino,
el día del Juicio Universal.

Petrel, ¡ay, mi Petrel, que hondo te siento!
Te llevo en mi alma; siempre estás conmigo
y con harta verdad, yo te lo digo,
que vives en mi sangre y en mi aliento.
Por eso, mi Petrel, ¡qué hondo te siento!



El castillo de Petrel me tiene loco

De Jesús Zaragoza Giner

Castillo legendario
que declinas roído y solitario:
antes de que tus muros carcomidos
retazos desdibujen de tu gloria,
he querido rimar, a tu memoria,
el recuerdo letal de mis gemidos.

¿Qué nos queda del fuerte que murara
de la Roma imperial el señorío?
¿Do pervive el ingente poderío
de tus torres, que el moro levantara?
¿Qué subsiste de aquella fortaleza,
conquistada por Jaime con fiereza?...

¡Qué subsiste!... Unos lienzos rajados,
a do esconden los pájaros sus nidos.
Unos pocos tugurios denegridos,
donde encuevan tristuras los cuitados.
¡Las torres que otro tiempo altivas fueron,
en la rampa del fuerte fenecieron!...

Yo que culto tributo a tu memoria,
oh Castillo rocoso,
me he dormido al susurro delicioso
proveniente del curso de tu historia,
y he soñado raudales de armonía,
que alumbraba mi pobre poesía.

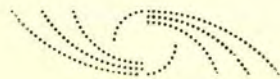
He soñado: si un día resurgieras
con el grácil perfil de torreones,
de poternas, palenques y salones,

barbacanas, rastrillos y troneras,
¡qué gentil, cuán rendido vasallaje
yo le diera a tu Torre de Homenaje!

He soñado –trayendo a la memoria
el evo legendario–
que era tu torre altiva relicario
de la Noble Petrel de rancia historia,
y el guardián que vigila en las alturas
tu prístino fulgor de tres culturas.

Combates de aguerridos luchadores...
Hazañas fantasmales
de dioses paganales...
Leyendas de inspirados trovadores,
de cautivas cristianas,
de muslimes, huríes y sultanas...

Todo aquesto, Castillo yo he soñado,
al veros, entre escoria, sepultado.
Y tras del sueño, díjeme a seguida:
si castillos renacen por doquier,
¿no podría Petrel un día ver
el suyo resurgir lleno de vida?...



La amada y la amnesia

De Gabriel García Romeu

Cuando había sol,
era sombra que a tí te cobijaba.
Cuando había luna,
un castillo de naipes te caía
sobre tus trenzas doradas.
Oíase el murmullo de la mar,
de las olas encrespadas,
de los campos con rastros
y de los montes con peñas,
luz de aristas azuladas.

Era entonces, era entonces...
Pero ¿qué ya no te acuerdas?
¿Olvidaste ya el camino,
aquella senda limón
que te indiqué en la pinada?
¡Qué poca memoria tienes!
¡Si por tus labios pasara
todo el rojo que en mi sangre
ardía aquella mañana!...

Yo te miré, te miraba.
Tu me miraste, mirando
por ver si viera, al fijarme,
que tus ojos se entornaban.
Te ví bien. Fue tan de día
que, con el sol, parecía
que era la luna tu cara.

A tí te alumbró su luz;
a mí, la que yo besaba...

¡Qué poca memoria tienes!
A tí se te olvida todo.
Tú no te acuerdas de nada.

A un poeta

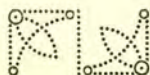
De F. Mollá Montesinos

Tu huerto cuidarás. Es ley. Procura
que no te quede ni un rincón baldío.
Extirpa del renuevo el atavío
inútil que florece con premura.

De las plagas del tiempo libra y cura
tus canteros en flor. Evita el frío.
Así tendrás su plenitud de estío
con pomas de oro y ruiseñor de altura.

Abónalo consciente. Y cuando fulvia,
en bendición veas caer la lluvia
sobre su espalda, cual sidéreo tul,

cobíjate en su fronda transparente.
¡Qué te encuentre la noche, dulcemente
durmiendo confundido en el azul.



Pórtico sagrado

(A Teixeira de Pascoaes)

De F. Mollá Montesinos

Para entrar en el templo de tu verso
dejaré mis sandalias a la puerta;
avanzaré después, con planta incierta,
gozoso de sentir tu culto inmerso.

El ara de tu númen, tan diverso,
la eufonía estelar, suma y concierto,
y el cáliz de tu ser, en ala abierta
asciende a la oración del Universo.

Oh sacro sacerdote de armonía:
dame el ázimo pan de Poesía
y el litúrgico vino de tu rito.

Anhelo comulgar con lo inefable,
en tanto que tu verbo imponderable
desgrana la canción de lo infinito...



A un viejo pino

De Enrique Amat

Por un estrecho camino,
muchas veces he llegado
para sentarme a tu lado,
oh viejo y amado pino.

A tus pies, vi el conocido,
el delicioso paisaje
que, en un mudo vasallaje,
está a tus plantas rendido.

Oí a tu lado la fuente
que canciones murmuraba,
mientras su linfa bajaba,
entre sauces, transparente.

Escuché yo, embelesado,
de tu ramaje, el murmullo;
de la tórtola, el arrullo,
y la esquila del ganado.

Y he visto la luna clara
la cañada plateando,
de blanca luz matizando
los surcos de la senara.

Sobre su tronco apoyado,
he visto nacer el día;

y también, cuando moría
tras de un cielo arrebolado.

El palio de tu ramaje,
por la noche, me ha cubierto;
y entre soñando y despierto
diome el aura su mensaje.

Te debo, sí, muchas horas
de inocentes alegrías;
ahí pasé claros días,
estrellas miré y auroras.

¡Cuánta vanidad humana
junto a tí he recordado!
¡Cuántas horas he pasado
viendo tu copa galana!

Como no hay en mí doblez,
oh pino fuerte y gallardo,
quiero el cariño que guardo,
ofrecértelo otra vez.

Me preocupa tu destino.
Por ello, aunque fatigado,
he de cruzar el collado
y recorrer el camino,
cara al viento matutino.
Y por cuanto tú me has dado,
he de volver a tu lado,
mi viejo y amado pino.

Madre

De Jesús Zaragoza Giner

Ningún vocablo conozco,
de nuestro hispano lenguaje,
que atesore más riquezas,
que aqueste vocablo: MADRE.

¿Cual otro hallarse podría,
en el habla de Cervantes,
que excite más emociones;
que más lindezas derrame;
que llene nuestra memoria
de recuerdos más afables,
y que encienda en nuestros pechos
los inmortales arranques
que enaltecen a los hombres
al heroísmo llevándoles,
cual derrama, llena y prende
el tierno vocablo: MADRE?

Palabra que enjendra el gozo,
poder encierra tan grande,
que estremece de ternura
a los hombres más salvajes,
y hasta los vuelos detiene
de los mismísimos ángeles.

MADRE es saludo y es beso
de las almas, al hallarse
a las puertas de este mundo.

Cielo dice la voz MADRE.
MADRE es llanto de los hijos,
en su regazo escudándose;
es amor, sin interés;
es fuerza, sin desmayarse;
es constancia, sin rival;
es sacrificio, sin laude...

Ella intercede y alcanza,
de la rigidez del padre,
la gracia que no alcanzaron
los hijos importunantes.

Ella es apóstol y enseña
—aun antes de que ellos hablen—
con sus ojos, con sus gestos,
con su mímico lenguaje,
las virtudes que atesora,
heredadas de sus padres.

Ella castiga con besos,
con apretujos muy grandes,
la torpeza balbuciente
de sus hijos al hablarle,
y es quien cura, con cariños,
las del alma enfermedades.

Extinción de malquerencias;
descanso de los bregares;
playa de arena que amansa
pasiones bravas, letales;
y paz y gozo... y olvido:
¡todo aquesto dice MADRE!

Cada cual de nosotros es...

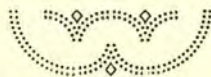
De F. Mollá Montesinos

Cada cual de nosotros es un punto
centrado en un lugar del Universo.
Cada cual de nosotros es un verso
del grandioso poema del conjunto.

La vida es un cantar a contrapunto,
formando la armonía lo diverso.
Y diverso es el ser, llevando inmerso,
su Yo particular al Todo, adjunto.

Nacer es estrenarse en alborada,
en la luz asombrada de su empeño,
en la luz permanente y encantada.

Y vivir es andar –no importa el ceño–.
Ignorada canción, siempre ignorada:
una canción para llamar al sueño.



Doble deseo

(A tí, única)

De F. Mollá Montesinos

Cuando vaya a morir
-oh momento, momento-
y me vaya a esparcir
en los brazos azules del viento...

Cuando tenga conciencia
de que voy a dejar de ser cruz,
y quizás recobrar la inocencia
inicial de la Luz...

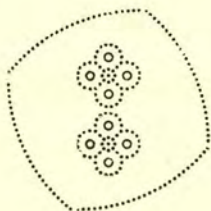
Cuando llegue el supremo momento
de dos mundos mirar a la vez,
aun dejando en el uno un lamento
y en el otro empezando a ascender...

Cuando vaya a saber el misterio
de la Vida o la Muerte,
y de luz o de sombra su imperio
desentrañe, quisiera tenerte
a mi lado tremante, embebida
en mi doble deseo final:
despedir en tus ojos la vida;
y en los míos, mostrarte, de huída,
la ruta inefable de un mundo ideal.

Estrellas fugaces

De F. Mollá Montesinos

Fuimos en la noche
como estrellas fugaces
que alumbran un momento
y vuelven a apagarse.



En silencio

De Gabriel García Romeu

Si te vienes conmigo a la orilla del río,
a sentarte entre juncos y entre tamarindos;
si se están tus ojos, mirando a los míos,
tan quietos como el agua del lago tranquilo,
te diré lo que siento,
te diré lo que ansío,
te diré lo que quiero decir sin testigos.

Si en los ratos dulces en que nuestro idilio
se pase las horas jugando contigo,
yo viera en el fondo brillante del cristal vacío
las sombras de adelfas, de sauces, de lirios,
te diré lo que siento,
te diré lo que ansío,
te diré lo que quiero decir sin testigos.

Y si al llorar las almas al sol vespertino,
cuando se crucen ráudos en vuelo magnífico
los pájaros negros del amor divino,
tú, a solas, lloras conmigo,
te diré lo que siento,
te diré lo que ansío,
te diré lo que quiero decir sin testigos.



Campo amigo, vida entera...

De Enrique Amat

Quiero el beso del aura mañanera
que amorosa, acaricia mis sentidos,
sedante de mis nervios aturdidos
por esta vida atropellada y huera.

Del pino quiero la canción ligera,
el eterno murmullo conocido,
que sumerja mi espíritu vencido
en regiones de paz suave y entera.

Ver el agua, que brinca en torrentera,
y el sencillo regato rumoroso,
cinta mansa corriendo en bosque umbroso,
con su alegre canción cascabelera.

Ver la nieve en la cima y la ladera,
a la tierra de blanco disfrazando,
aquellos sus colores contrastando:
azul de cielo con blancura austera.

Quiero mirar la luna verbenera,
las sombras de la noche agigantando,
y escuchar los insectos que, cantando,
preludian a la aurora mañanera.

Quiero ver la eclosión en primavera,
cuando estallan, gozosas, cien mil flores:

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

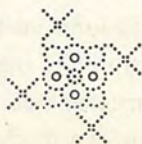
blanca flor del tomillo en los alcores;
rubia flor la gentil manzanillera...

Contemplar el rebaño en la pradera,
escuchar una esquila en la montaña
y el eco que retumba, y que me engaña,
gritando por la estéril paramera.

Caminar por la ruda rastrojera,
levantarme a la luz de los luceros,
sumergirme en arroyos placenteros
y sentir la calor de roja hoguera...

Serena majestad ¡quién os tuviera!
Nieve, flor, rumoroso regatillo,
árbol, aura, inocente corderillo,
luna, viento y esquila placentera.

Campo fiel, campo amigo, vida entera.
¡Cuánto añoro tu vista y tu presencia!
¡Qué feliz, si mi pálida existencia
en tu marco de ensueño transcurriera!...



“El rollo de San Juan”

De Jesús Zaragoza Giner

El señuelo, el talismán
que más pirra y más emperra
a las mozas de esta tierra,
es el «Rollo de San Juan».

¿Qué misterio advertirán,
en lo del «Rollo», las mozas?
Ellas tan sólo y las chozas,
los caminos y praderas
saben del «Rollo» las veras,
de sus goces... y sus cosas.

Y pues las mozas tan sólo
saben del «Rollo» las migas,
ellas, amigos y amigas,
nos expliquen lo del «Rollo».

Aquí –nos dicen– no hay dolo.
¿Escenario? Las praderas.
Las muchachas casaderas
son personajes del juego.
Los muchachos... entran luego
por caminos y veredas.

Es de rito, al empezar,
disponer de palangana;
verter, en ella, de alcana
hojas secas, al azar,
y luego... soñar, soñar.

Si la alcana reverdece,
y a las cuitadas parece

que cobra nuevo color,
es seguro que hay señor
que por ellas se atontece.

Otro rito impresionante
es verter clara de huevo
en algún puchero nuevo.
Será el novio navegante
apuesto, rico, galante,
si la clara, al fin, se esponja;
mas si la clara, cual lonja
de jamón larga, se achica,
es de cierto que la chica
tiene destino de monja.

Nuevas tretas hoy florecen:
las del cedazo y tijeras;
alpargatas volanderas;
alcachofas que verdecen,
y las del vello que mecen
y, picaronas, depilan,
preguntando al par que tiran:
—¿Pares o nones, precioso?—.
Mas ¿quién acierta al acoso
de unos ojos que encandilan?

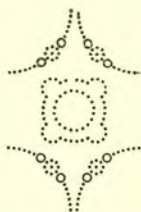
Si el chico responde: —¡nones!...—,
prodigando mil achares
ella al punto dice: ¡pares!—.
¿Pares cuenta a trompicones?
Ella le responde: ¡nones!...—.
Y así se vuelve a empezar
hasta que, locos de atar
ante tanta confusión,

se les queda el corazón
a punto de reventar.

.

–Explíquenos, narrador,
lo del «Rollo», por favor:
¿que hacen del «Rollo» del cesto?

–Creo que «Rollo» no dan;
lo del «Rollo» es un pretexto
de la noche de San Juan.



El amor redime

(A Don Jesús Zaragoza Giner)

De F. Mollá Montesinos

María Magdalena: tus cabellos
los sacros pies secaron de Jesús.
Desde entonces, nimbáronse de luz;
jamás los hubo iguales o tan bellos.

¡Quién pudiera captar de alguno de ellos
la gracia que alcanzó al pie de la Cruz!
¡Cuánto fango limpiara, cuánto pus,
con sólo que rozara sus destellos!...

«María de Magdala: tus pecados,
porque has amado mucho, están borrados»
–habló entonces el Verbo del Señor–.

El Amor la elevó –el Amor divino–.
En el mundo no existe otro camino,
para poder salvarnos, que el AMOR.



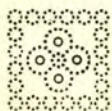
Lamentos

De F. Mollá Montesinos

Como el agua quejumbrosa
que, en las simas de la sierra,
llora por no ver la luz
peregrina de la estrella;

como el viento fugitivo
que en el roquedal se estrella,
y su aflicción misteriosa
sobre los riscos expresa,

así la lira, enterrada
en el fondo de la celda,
llora el dolor de su noche
sobre un silencio de piedra...



Madre España

De Enrique Amat

El raudo vuelo de la mente mía
cruza el azul de un claro pensamiento,
que anhela devolverte, en noble intento,
el laurel que a tu frente se ceñía.

El númen de mi ardiente fantasía
desea que confundas, como en Trento,
a los que al mundo empujan al violento
y pavoroso mar de la herejía.

Quiero que tus hispánicos leones
proclamen, ante el mundo estremecido,
que si has dado de Historia mil lecciones
y de cien pueblos su matrona has sido,
aun existe moral en tus razones
para salvar al orbe enloquecido.



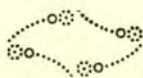
En silencio

De Enrique Amat

Cae la sombra con calma,
huye la tarde indolente
y un sutil cierzo inclemente
corta los pliegues del alma.

Un lucero se adivina,
centellean, a lo lejos,
de una estrella los reflejos,
hay en la cumbre neblina

y un ave lanza su grito
que mi silencio profana,
mientras la noche serrana
nace allá en el infinito.



Desesperación

De Gabriel García Romeu

Todo es en mí dolor y amargura:
no como, no bebo, no duermo, no canto...
Y cuando abro mis ojos, por curar mi espanto,
siempre veo la imagen de mi sepultura.

No oigo más ruido que el de las pisadas
de un caballo negro en la tarde fría.
Ya veo las paredes cubiertas de yedra
y una cruz en medio de un montón de piedra,
sobre los residuos de la estampa mía.

Ya veo la tierra, húmeda y suelta,
caer en mi frente.
Ya veo los gusanos, por entre mis pies.
Ya veo, por mis ojos,
meterse, incipiente,
la raíz aburrida de un alto ciprés.

Los tétricos sonos de oscuras campanas
abrieron la música, que ya empiezo a oír,
y, entre los compases de orquestas de huesos,
tendré que dormir.

Yo pensé que el alma abandona el cuerpo,
cuando la muerte comienza a acechar;
no se va mi alma, y yo ya estoy muerto:
el hedor de mi carne podrida me lo hace notar.

Imagen de España

De Jesús Zaragoza Giner

¡Oh qué niña tan bonita
ví en el prado esta mañana!...

La pequeña –dos suspiros
hechos carne nacarada–
juguetona iba cortando
rojas amapolas gayas,
que prendía, soñadora,
entre sus trenzas doradas.

Chiquilla más trascendente
nunca pude imaginarla.
Es figura que alimenta
el recuerdo de mi Patria:
¡que España también, cual niña,
juega soñando en mañana!

En las rojas amapolas
que la chiquilla cortaba,
adivino yo el coraje
de la hirviente sangre hispana.
Y, al prenderlas en los bucles
de su cabeza dorada,
me parece ver la gloria
que el destino nos aguarda.

¡Oh chiquilla juguetona!
¡Oh tus bucles rojigualdas
de amapolas de sembrados
entre tus trenzas doradas!...
¡Nunca marches de mi vera,
que contigo va mi Patria!

Esos versos que afloran...

De F. Mollá Montesinos

Esos versos que afloran en la tarde
y vuelven a las fuentes misteriosas
por temer los silbidos de la calle,

son pájaros que vuelan a los bosques
en busca del venero que les calme
su sed, y han de tornar, por descubrir
oscuros ballesteros en el aire;

o, como savia que el invierno largo
soñó salir a luz en flor fragante,
y al trepar por la torre del pensil,
se encontró con desgracia irreparable.

Esos versos que afloran en la tarde,
son hijos que se vuelven sin nacer;
o nacen para vida miserable.



Eres mi madre

De F. Mollá Montesinos

Porque me diste espíritu del tuyo;
porque me diste sangre de tu sangre;
porque me diste leche de tu pecho,
eres mi madre.

Porque me diste vida de tu vida
—gastándola en esfuerzos por criarme—;
porque besos y lágrimas reías,
eres mi madre.

Porque me arrancaste de tu grito
—de tu grito más hondo y entrañable—
mostrándome a la Aurora milagrosa,
eres mi madre.

Porque envuelto en la llama de tu espíritu
empecé entre las zarzas a guiarme
—saudade de los cielos en tus manos—,
eres mi madre.

Madre mía, ¡qué mundo más hermoso
lograste con tu amor mostrarme!
Ya aunque te alejes, no te alejas: Dios
ha querido en mi espíritu guardarte.



Paracaidistas

De Gabriel García Romeu

Somos los infantes que, a la voz de mando,
lo mismo en la lucha que en tiempos de paz,
partimos unidos, alegres, cantando,
a saltar a valles, a montes o al mar.

Cruzamos los aires en blanca bandada,
cerradas las lonas, abiertas después,
dejando a los vientos de la España amada,
señalar el sitio para nuestros pies.

El trágico choque con el duro suelo,
que es de nuestra patria la firme bandera,
nos llama cual beso venido del cielo,
aun siendo la muerte un abrazo con ella.

Desde los espacios botamos a tierra,
cual obús cargado con todo el valor
del hombre sin alas que, en tiempos de guerra,
vuela como un ángel, con vista de halcón.

Y juntos seguimos hasta el objetivo,
que alcanzamos siempre con el pundonor
de los que sabemos que, muertos o vivos,
se llega a la gloria salvando el honor.

Y sin más defensa que el paracaídas
—que es peso en el aire—, si falla el tirón,
cedemos gustosos nuestras propias vidas,
sirviendo a la Patria, camino de Dios.

Paisaje natal

De Enrique Amat

Ermitas, montes, castillo,
plaza, torres, manantial...
¡qué paisaje tan sencillo
el de mi pueblo natal!

Dos palmeras elevadas,
dos torres fuertes y airosas,
dos ermitas enclavadas
en dos cumbres montañosas.

Alto castillo roquero
—mitad árabe y romano—
que es centinela cimero
de mi pueblo soberano.

Monte del Cid, orgulloso
de su fama y de su historia:
¡mi viejo paraje umbroso
de inolvidable memoria!

Plaza espaciosa y perfecta,
de geométrica traza:
enfrente, la torre erecta
al firmamento se abraza.

Vega en la que forman coro
las aves de mi Señor,

donde es arpeggio sonoro
el trino del ruiseñor.

Una fuente cristalina,
un cielo azul, ideal,
un vuelo de golondrina
y una canción de cristal...

¡Qué dentro llevo del alma
esta visión primorosa:
blanca ermita, monte y palma,
fuentecilla rumorosa,
torres altivas en calma,
castillo y vega frondosa!...

Ermitas, montes, castillo,
plaza, torres, manantial...
¡qué paisaje tan sencillo
el de mi pueblo natal.



Domingo de Pascua

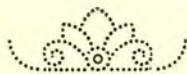
De Enrique Amat

De fiesta se ha vestido la mañana
con galas que han prendido en los balcones.
Hay un ritmo de música y canciones,
y alegre suena la gentil campana.

Muestra una flor su palidez temprana.
Un grupo de infantiles corazones
entrebate su abanico de ilusiones,
y el tropel de sus risas se desgrana.

En la hora serena matutina
hay un plácido vuelo de candores
y, mientras una calle, angosta y pina,

se sumerge en un mar de resplandores,
juega un rayo de luz en una esquina
y se encienden de sol unos alcores.



La fiesta se levanta

De Jesús Zaragoza Giner

La «Fiesta de Cristianos y de Moros»
se levanta cual faro que ilumina
las virtudes, bellezas y tesoros
de esta Pétrola extraña y peregrina.

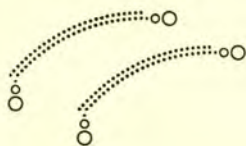
Su alborada moruna;
sus batallas triunfales;
el correr de la pólvora importuna;
los del moro desfiles edeniales;
la gentil labradora que remoja
las del pueblo querencias perfumadas;
las castizas tonadas
de la grey que retoza;
las costumbres sencillas, singulares...,
todo refleja la expansión artista
del pueblo que labró su reconquista
por virtud del Patrono de sus lares.

Expresión consagrada de la gesta
que al Islam expelió del suelo hispano,
se levanta la «festa»,
cual templo sobrehumano,
perdurando los ecos armoniosos
del prístino Petrel:
el ingente plantel
de Planelles gloriosos:
las hazañas de Juan, el de la Gariza,
que por Jaime, apodado El Justiciero,
en premio a sus servicios en la liza,

fue de esta Villa su Señor Primero;
los de Pedro Carrella,
privado de una reina: la Violante;
y Alcaraz, capitán que nos destella
gran bravura pugnando en Alicante.

¡Y cómo el aura con sus alas besa
los ecos perfumados
de Onofre cuando reza!...
¡Y cómo fulgen, del poder dechados,
los Rico y los Algarra!...
¡Y cuántos Gómez y Beltranes de oro
expanden ciencia rara
en púlpitos y foro!...

La fiesta se levanta.
¡Atrás, profano, atrás!...
es una enseña santa:
¡De los viejos abuelos al compás!



Invitación al canto

De F. Mollá Montesinos

Es hora de cantar, oh nuevos bardos,
todos a coro en comunión fraterna.
Que se oigan nuestras almas enlazadas
por toda la cintura de la tierra.

No importa la raza ni el color:
la estrofa universal fluya serena
de todos nuestros pechos. Nuestros brazos
meridianos de amor al vacuo extiendan.

De paz, nuestra mirada,
en la que transparente el alma buena;
nuestras palabras,
palomas en lo azul volando sean.

Abiertas nuestras manos,
abiertas como el día en su pureza,
España ha comprendido
y pide con amor se le comprenda.

Cantemos. Nuestra voz humana alcemos
al viento, al mar, al sol y a las estrellas.
El Orbe saturemos del alma clara,
de esta alma que por Dios se hizo nuestra.

A través de los mares y los vientos,
bajo el palio del cielo, en la presencia
de Dios, juremos todos
seguir en nuestras sendas la Gran Senda.

Desterremos los mitos sanguinarios;
destruyamos las trabas, las barreras,

y al himno del Trabajo y del Amor,
unámonos los seres de la tierra.

Que Aquél que vino al mundo a dar ejemplo,
y murió perdonando la ceguera,
y a través de los siglos nos ha visto
como Caín y Abel, por fin nos vea,

por la escala del tiempo y por el prisma
armónico del bosque de la Idea,
discurrir como hermanos, por la Luz,
prendiendo corazón e inteligencia.

Cantemos el Gran Himno de la Paz
al viento, al mar, al sol y a las estrellas:
el efluvio de Amor invada toda
la Rosa de los Vientos de la tierra.

Formemos, corazón con corazón,
alrededor del mundo una cadena:
las de hierro y de oprobio saltarán
derretidas al fuego de la nuestra.

Pongamos la luz del alma en nuestra voz.
La Historia, ante el futuro, nos contempla.
Si el Mensaje nos llega, se derrame
por toda la cintura de la Tierra.

Es hora de cantar, oh nuevos bardos,
con virgínea voz de la Nueva Era.
Que el Progreso se incline hacia el Amor:
¡es la misión de Santos y Poetas!

Tarde gris

De Enrique Amat

Sola está. Sola, mirando,
de pie, tras el ventanal.
La lluvia, sobre el cristal,
triste canción va cantando.

Todo es gris, como su vida.
Todo es gris en el momento:
la tarde, la lluvia, el viento,
la luz, de gris hoy vestida...

Soñado amor que no alcanza,
belleza que se marchita,
muerta ya, no resucita
aquella azul esperanza...

Sola está. Sola, mirando,
mirando sin mirar nada,
ausente y ensimismada,
sin saber que está llorando.

Mientras, los finos puñales
de una gris lluvia invernal
golpean sobre el cristal
de los altos ventanales.

Promesa imposible

De Gabriel García Romeu

Haré lo que tú me pidas:
lo utópico, lo irreal,
lo ficticio, lo ideal,
lo imposible,
lo que digas.

Si quieres volverte ninfa,
vagar por montes y ríos,
vivir tu vida en los bosques
y dormir bajo los pinos,
seré fauno, seré gnomo,
seré bucólico errante,
para que miren tus ojos
a donde miran los míos.

Si quieres que se produzca
en mi vida tal mudanza
que me vuelva misogino,
haré lo que se te ocurra,
seré así, si me lo mandas.

Y si ver en mí quisieras
el doble de un Estilita,
aislado sobre piedras,
azotado por el cierzo,
en jirón mi carne viva...,
me sumiré en el desierto
de tu febril inconsciencia,
y mi impulso volitivo
seguirá siempre el camino
de la luz de tu existencia.

Haré lo que tú me pidas,
lo imposible,
lo que digas.

Reina por tres días

(A María del Carmen Zaragoza)

De Jesús Zaragoza Giner

¿No recuerdas, chiquilla?
Muñequita, ¿recuerdas?
Era día de «Misa de la Gracia».

Tu ansiedad, manifiesta,
porque los «Moros Nuevos»
aclamárante «Reina»,
asomaba a tus ojos,
oh muñequita inquieta;
la mostraba el temblor de bisbiseos
que agolpaban la sangre de tus venas,
y era lampo de luz, con que escrutabas,
en un beso de amor, nuestra anuencia.

.

... Y los días del Mártir Bonifacio
llegaron, entre crenchas
de los de Mayo atardeceres dulces.
Petrel, firme solar de hazañas épicas,
abría el escenario de sus calles
—el templo de la Fiesta—
al regio fausto de sus siglos de oro,
al renombre inmortal de sus esencias.

Tú que anhelabas horizontes nuevos
y emociones inéditas;
que querías sentir las avenidas
del corazón que tiende a la belleza,
has venido al Petrel de tus amores,
consagrada gentil portabandera;

háste visto de moras cortejada,
 como núbil princesa;
 has deslumbrado al moro
 – «al de barbas espesas» –
 con tu porte moruno,
 con el ludir de las basoras sedas,
 con el fulgor radiante de tocados,
 de gumias, de preseas . . . ,
 y has escuchado aplausos,
 cual un himno triunfal de realeza.

¡Oh, qué dulce recuerdo
 el de tus mayas fiestas!...
 ¡Oh, qué raudal de poesía hallara
 mejor estro de poeta!...

Mas ¿qué tienes, chiquilla,
 que en tu faz la congoja deja brechas?

Yo bien sé lo que tienes,
 oh muñequita inquieta:
 que, cual la flor de almendro,
 tu gloria helose presta.

Y es que es fugaz, efímero reinado
 el de «Reina por tres días de Fiesta».



Si yo no fuera eterno

(A Juan Ramón)

De F. Mollá Montesinos

Si yo no fuera eterno, no tendría
este amor de sumirme en el silencio,
este afán de encontrarme en sus caminos
preguntando quién soy ante el misterio;

no sería atraído ni llevado
por las rutas sin fin que van adentro;
no oiría la voz entre la niebla
separando verdades de los sueños.

Si yo no fuera eterno, no andaría
con los ojos clavados en el cielo,
ajeno a las punzadas del camino,
enamorado loco de un lucero...

De la muerte
no hablaría jamás—es como un viento
de fuerza ensombrecida y misteriosa,
derrotado mil veces en el tiempo—.

Si yo no fuera eterno, ¡qué vacío,
qué honduras en la nada del silencio!
Sería el "nunca más" que puso Poe
en el negro graznido de su cuervo.

Pero hay mucho que andar y que sufrir,
que aprender en la Rosa de los Vientos:
encontrar nuestra entrada, y encender
la lámpara que Dios nos puso dentro.

Si yo no fuera eterno, no estaría
vibrante de ascensiones y progreso;
no sería verdad la Gran Verdad,
ni el armonioso Plan del Universo.
(Ni tú ni yo seríamos —¡y somos!—
una estrofa de amor del Himno Eterno).

Parto doble

De Gabriel García Romeu

Sonaron campanas suaves,
que el viento llevaba en su seno mullido.
Las damas y pajes
dejaron su sueño tranquilo
y, de todas las puertas,
el gozne metálico se oyó en el castillo.

Las musas —doctos peritos—
forzaron mentalidades
buscando, entre letras de etéreas gramáticas,
las combinaciones,
por lograr vocablos de salutations
para las beldades que se oían nacer
y, en rostros egregios de perfil romano,
dos gotas de agua dijeron: ¡Princesas!
Y quedó formado
un delicado jardín de belleza
de claveles rojos y cielo castaño.

Una golondrida
posó en las almenas,
por ver más de cerca los cuartos contiguos.
Y por una ventana entreabierta del más alto piso,
la luz de un rayo de sol
brilló como nunca en dos rostros divinos.

Las princesas,
envueltas en tules
bordados de gemas, con lazos azules,
al aire arrogante, perfume sutil femenino,

CUANDO LAS YEMAS REVIENTAN

abrieron los ojos,
miraron al cielo,
y allí, en las campiñas de espigas doradas,
y allí, en las mantañas con crestas de acero,
se oyeron rumores de cánticos dulces
para dos coronas de vida dotadas.

Y las dos princesas de beldad pristina,
alabastro abajo, alabastro arriba,
mezclaron su bronce
de estatuas magníficas
con las nubes blancas del naciente día.

Dos notas distintas
salieron en armónico arpeggio hacia lo infinito.
Y allá en las alturas,
recogió este canto
un ángel con flecha a la espalda cruzada,
desnudo
y de rolliza panza.



Mañana, Señor, mañana...

(A mi hija, en la víspera de ser Abanderada)

De Enrique Amat

¡Qué larga espera soñando
con llegar a Abanderada!
¡Cuántas, cuántas primaveras
en una espera tan larga.

Mas ahí tienes tu día,
ese gran día que ansiabas.

Yo sé que lo estas pensando,
—¿Mañana?... Señor, ¿mañana?
¿Es verdad tanta belleza
dormida dentro del alma?
¿Es verdad, y no es un sueño,
aquella ilusión tan blanca?...

¡Ya es gozosa realidad
aquel sueño que soñabas!

Mañana serás caricia,
nube, rosa, brisa, llama,
garbo, ritmo, orto, risa,
canto, Reina, gozo, alba...
La vida estará en tus ojos;
en tu frente, una esmeralda,
y asomará entre tus labios
una sonrisa de nácar.

Mañana, si Dios lo quiere,
besará tu frente un hada.
Mañana, Señor, ¡qué día!...
¡Qué día, Señor, mañana.

Cuando esos ojos no miren

(A mi esposa)

De Enrique Amat

Cuando esos ojos no miren
—envueltos en luces claras—
ni me envíen su mensaje
de ternura enamorada,
muerta estará mi alegría
en una tumba lejana,
y habrase hundido mi bien
en una gris lontananza.

Cuando esos ojos no miren
—esos ojos que hoy me hablan
y me ríen y me besan,
al nacer cada mañana—,
ya no habrá dentro de mí
luces de nítidas albas,
y sólo tendré las brumas
de una pálida nostalgia.

Cuando esos ojos no miren,
ni sean mar de mi barca,
ni aliento para mi vida,
ni poema para mi alma,
y yo no pueda mirarme
al fondo de su mirada,
los lobos de la tristeza
devorarán mi bonanza.
Y nada seré en el mundo
cuando esos ojos, que hoy cantan
un risueño madrigal
y una canción de esperanza,
se hayan hundido en la sombra,
y tampoco sean nada.

La rubia chica del barrio

De Jesús Zaragoza Giner

Yo no sé qué es lo que tiene
la rubia chica del barrio,
que no se ve cortejada,
cual lo fuera siempre antaño.

¿Cómo perder ha podido
un sitial tan bien ganado
por su gracia y su donaire,
por sus bellos ojos glaucos,
por la seda deliciosa
de sus cabellos dorados
y por su porte y conjunto,
tan juncal y sobrehumano?

Luego lo he sabido todo.
La rubia chica del barrio;
la que, por núbil princesa,
siempre escuchara a su paso,
cual marcha triunfal, un himno
de admiraciones y aplausos,
hoy la he visto paliducha,
tendida en pobre camastro,
cual si fuera una piltrafa,
sin vigor su cuerpo flácido,
mudo y triste su semblante,
tristes y mudos sus labios.

¿Quién mancilló su belleza?
¿Quién quebrar pudo el encanto
de aquel su cuerpo juncal?
¿Quién cegó sus ojos glaucos?

¿Quién abatió las turgencias
de su pecho inmaculado?...

Su madre—la pobre mártir
que a jirones, a pedazos
va desgranando su vida—,
anegada por el llanto,
hame dicho: —«aquesta niña
es la brecha del nefasto
egoísmo, sin entrañas,
que abrieron malos cristianos
en las almas y en los cuerpos
de los hijos del trabajo;
es el desecho que queda
cuando se esquilma el salario,
y hasta decirse podría
al mundo de hoy, pagano,
que su norma anticristiana
de a fuerza bregar de látigo,
es norma que clama al cielo
venganza... ¡No hay que dudar!...».

...Y ella, que muérese a chorros,
la rubia chica del barrio,
con dejo de bisbiseos,
ya sin luz sus ojos glaucos,
mientras su vida se apaga
en el humilde camastro,
intermitente musita:
«Esta cruz que me han cargado,
la ofrendo, Señor, gozosa,
por el mundo del trabajo».

El progreso

De F. Mollá Montesinos

El progreso no cesa
de avanzar en lo técnico.
Mas ¿no avanza en espíritu?
No es real el progreso.

Es igual que si a un pájaro,
en su espacio de vuelo,
un ala le fallara:
del alcázar del viento
—que es su mundo armonioso—
se vendría a los suelos.

Si trabajas la Ciencia,
oye el grito de adentro,
no te olvides que «Amar»
no es solamente verbo:
es la Eterna Verdad;
es el gran mandamiento.

Progreso sin espíritu,
no es real el progreso.

El árbol sagrado

(A mi anciano padre)

De F. Mollá Montesinos

Con mimo de padre, mi padre cultiva
un huerto sencillo, de frutos sabrosos,
do crece el almendro, la poma, la oliva,
granadas bermejas, racimos jugosos...

Mi padre lo abona, lo cava, lo riega,
injerta arbolitos con cálido amor...
Del alba a la noche al huerto se entrega,
y encanta su vida tan bella labor.

A veces, al paso, percibo que él habla
con tanta ternura, que me hace llorar:
con un arbolito monólogo entabla,
y el árbol parece querer contestar.

Si alguno le dice:—¡Qué huerto más bello!
Esta maravilla ¿es obra de usted?—,
llamea en su ojos de orgullo un destello:
—De Dios con ayuda yo lo levanté.

Invita al momento probar la dulzura
de todos los frutos del lindo rincón.
La clase y origen pausado murmura,
poniendo en la historia su gran corazón.

Mas llega un instante que guarda silencio,
al lado de un árbol de gran majestad.

Ninguno lo nota; mas ¡ay! yo evidencio
el drama que turba su serenidad.

Ninguno lo nota: se ignora la historia
que guarda aquel árbol de trémulo albor;
la suave saudade, la dulce memoria
que al alma del viejo le colma de amor.

Yo sé que mi padre lo cuida, mimoso;
igual que a otros hijos le da su querer.
A veces, lo encuentro a su vera, lloroso,
y el árbol parece creer comprender.

¿Qué guarda aquel árbol que tanto entristece
y llena a mi padre de extraña emoción?
¿Qué ignoto misterio su vida extremece?
¿Qué arcanos se ocultan en su corazón?

Muy pocos lo saben. Muy pocos comprenden
el hondo lenguaje que suele emplear.
Acaso las aves del cielo lo entienden,
pues guardan silencio al verlo llorar...

Yo sé que mi hermano—pedazo de su alma—,
aquel que en la guerra desapareció,
al viejo ayudaba las tardes en calma,
y algún arbolito del huerto plantó.

Es «totem» sagrado el árbol hermoso
que un día mi hermano plantara al azar.

Mi padre lo cuida, lo riega mimoso.
El árbol a veces se trueca en altar.

Sus hojas y flores son ojos que miran.
Sus frutos son lágrimas del hijo que fué.
Y así, si sus ramas al aura suspiran,
el viejo lo oye, el viejo lo ve...

Por eso, las noches de luna argentada,
si canta en el árbol algún ruiseñor,
el alma del viejo se queda extasiada,
y yo me pregunto: — ¿Qué escucha el Señor?...

El tiempo se duerme en mundos ignotos...
El árbol es alma que busca emerger.
El viejo lo sabe y eleva sus votos,
y asiste con lágrimas a su florecer...

...Mi padre lo riega con agua del cielo,
con lágrimas vivas, honrado sudor.
La lengua que emplea el viejo en su anhelo,
la entiende tan sólo quien muera de amor.



Romance para una madre

De Enrique Amat

Cuando yo te miro, madre,
¡qué pena tan honda siento!
¡Te miro tan acabada!...
¡Tan vieja, madre, te veo!...

Antaño, tan valerosa,
sin medida en el esfuerzo;
otrota, tan diligente,
y tan pulcra en el aseo,
y tan joven y gallarda,
que causabas embeleso...
A la verdad: yo te miro
y apenas si lo comprendo.

Ahora, siempre sentada,
con ese aire tan quieto,
con tu carita fruncida,
con tus ojos, tan pequeños,
siempre mirando indecisos,
mirando siempre a lo lejos,
nostálgicos, resignados,
abrumados de recuerdos...

¿Dónde están tus energías?
¿Do marcharon tus arrestos?
Tu radiante juventud
¡qué lejos queda, qué lejos!...

Te veo casi extinguida,
sin ánimos ni deseos,

con la tu boca apretada,
con tus labios tan resecos...

Mi dulce madre, ¡tan santa!,
la que comíame a besos;
la que cuidábame, pía;
la que velaba mis sueños;
la que lloraba mis daños
con lagrimitas de fuego;
la que en la brega diaria
mostraba temple de acero...,
es ya nada, es ya sombra,
y si su mano yo aprieto,
me muerde un escalofrío
que me quiebra hasta el aliento,
y si la beso en la frente,
en el profundo silencio
una llama de tristeza
viene a quemarme en el pecho.

¡Te veo tan vieja, madre,
que apenas si lo comprendo!

¡Oh madre, luz de mis ojos,
manantial de mis recuerdos!,
yo quisiera, con mi vida,
pagarte cuanto te debo.
Yo quisiera, santa madre,
mi ternura y mi consuelo,
verte siempre, cual te viera;
y bien me sé que no puedo.

Cuando yo te miro, madre,
¡qué pena más honda siento!
¡Qué dolor hay en mi vida,
cuando tan vieja te veo!

Corona de Alicante

(Desde Petrel)

De Gabriel García Romeu

Aquí está el monte celoso
de la cordillera brava
rompiendo los campos llanos,
que comienzan desde el agua.

Mojón de las crestas altas,
secas en todo el trazado,
con sólo excepción de un tramo
de verde pino en montaña.

Cordillera eternizada
desde el principio a su fin:
aquí, el Cid con Azorín;
allá, Miró con su Aitana.



¡Arre, caballo!...

De Jesús Zaragoza Giner

He aplaudido las fiestas
que memoran las gestas
del cristiano Petrel contra el muslime:
la entrada mayestática de moros
de bombachos basoros,
espléndida, sublime;
la del Bando Cristiano,
emblema evocador de la entereza,
con que España, este pueblo soberano,
rebatiera del moro la fiereza.

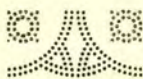
Sin embargo de estar apostillada
con el ¡ARRE,CABALLO!, de estribillo,
yo he gozado, las tardes de embajada,
del Ample el latiguillo,
con que rasga, impertérrito, el papel,
en que, osado, el amir almoravide
al cristiano le pide
que le rinda Petrel.

Tras saltar en pedazos
—entre estallos de fuertes cohetazos—
la horrible cabezota de Mahoma,
que el castillo corona,
yo he gozado al clamor de las campanas,
que pregonan, ufanas,
con el bronco arcabuz,

la cristiana proeza
de arbolar, en la mora fortaleza,
la enseña veneranda de la Cruz...

Todo aquesto yo he gozado,
de la de «Moros Fiesta» enamorado.

Y por eso, cuajada de emociones,
con el «¡ARRE, CABALLO!»,
hoy te ofrendo, joyante «Mora Fiesta»,
las caricias de férvidas canciones,
cual te ofrenda perfumes la floresta.



Como el martirio del agua

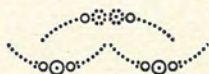
(A Enrique Amat)

De F. Mollá Montesinos

Yo sé el misterio que encierra
el martirio de las aguas.

¡Cuántos eternos caminos,
en las tinieblas heladas,
soñando salir a luz;
ser ternura de fontana;
dejar de ser tinta negra;
ser ya miel y oración diáfana;
acaso ascender al sol,
tras su beso enamorada;
ser sonata quizás; ser
en el azul nube blanca,
frescor riente de lluvia,
y amapola y trigo y lágrimas!...

Yo sé su martirio, hermano,
pues que otro igual sufre mi alma.



¡Tierra mía!...

De Enrique Amat

¡Qué humilde es la tierra mía!
¡Cuán pobre, su trazo austero!
Mas ¡qué rico, su venero
de generosa hidalguía!

La huella gris de mi paso
marcada está en su camino.
Ella vió mi orto: adivino
que también verá mi ocaso.

Fué mi cuna y mi regazo.
Ella y yo bien lo sabemos:
un día nos fundiremos
en un amoroso abrazo.

Cielo azul de mi alegría;
monte gris de mi bonanza;
remanso de mi esperanza...:
¡eso eres tú, tierra mía!



Velázquez

De Gabriel García Romeu

Espíritus que nos hablan
— por su causa — en rostros tersos.
Divinos aires mezclados
con el color de universo.

Cielo, tierra, cuerpo y alma,
fundidos en el aspecto
del realismo asombroso
que dió su pincel al lienzo.

Reyes buscaron su fama,
para mantenerse eternos.
Los pontífices romanos
le hicieron pintor de Pedro.

•Tomó de la humana gama
los que sus ojos quisieron.
Inmortales hizo a todos
los que escogió en su recreo.

Hortelanos, viejos, damas,
borrachos, bufones, lelos,
enanos, perros, caballos...,
¡ninguno de ellos ha muerto!

¿Cual fué el misterio de Silva?
¿Cual fué su hermoso secreto?
¿Cómo pasó, de sus ojos
a la tela, el mundo abierto?

Milagros hay en la trama
de lo divino. El misterio
— a mi ver — está en que Dios
le prestó su mano a Diego.

Bodas de Plata de la Comparsa de Estudiantes

(Año 1955)

De Jesús Zaragoza Giner

La Comparsa de Estudiantes
cinco lustros cumple hogaño.

¡Cinco lustros! ... ¡Quién dijera
que los Colau, los Luciano,
los Brotóns y Chimo, el de Ana,
pasando por los Navarro,
formar pudieran conjunto
tan esplendente y bizarro,
tan jovial y bullanguero,
tan letífico y tan gayo,
cuando su existencia toda
hirsuta está de impagados!...

Sin embargo, tal Comparsa
cinco lustros cumple hogaño.
Y al cumplir sus cinco lustros,
de donaires empapados,
Bodas de Plata celebra
con los «Moros y Cristianos».

¡Qué evento tan placentero
revivir aquel «te amo»,
que sellara vuestras nupcias
con los festejos de Mayo!
¡Cómo la sangre rebulle
rememorando tal fasto!...

La princesa núbil era
aquella «Festa de Mayo»,

que Petrel, rancia, engendrara
con un hálito sagrado;
vuestra Comparsa incipiente,
el galán apuesto y majo;
las nupcias lugar tuvieron,
cabe al Santo Bonifacio,
una tarde perfumada
de tomillos y amarantos.

El momento fué solemne.
Vuestra novia, sol de Mayo,
anhelo de cien rivales,
hada gentil del Parnaso,
ocupaba una carroza,
toda hirsuta de recamos.
Cortejábanla «Rodelas»
y «Vestales» de Damasco,
flameando sus guiones...
Al son nupcial del alardo,
con que, roncós, los festeros
atronaban los espacios,
entró, triunfal, en el Templo
del glorioso Bonifacio,
vuestra novia suspirada
—ese regalo sagrado—,
cual la esposa prometida
a conjunto tan gallardo...

.

... De las Bodas que celebran
los Estudiantes hogaño,
¿sabes, lector, qué ha nacido?
La agudeza y el encanto:
¡el retoño más gentil
de los «Moros y Cristianos»!

Poemas del Valle

(A Doroteo Román)

De F. Mollá Montesinos

I. - Abriéndose el día.

Se va abriendo el día,
como una gran flor.
Pétalos de aurora
anuncian el sol.
Júbilo radioso
gana el corazón.
El mundo lo invade
la gracia de Dios...

¡La vida! ¡La vida!
¡Asombro y dolor!...
Se va abriendo el día,
como una gran flor.

II. - Tarde (Desde la cumbre del Cid)

Todo el valle se ha dormido,
en el lecho del paisaje,
arrullado de silencios...
¡Oh cuán místico este valle!

Los pinares sueñan hondos,
plenos del sol de la tarde,
sumergidos en misterios
dulces y azules del aire...

Cuán distante de la lucha,
del dinero y de la sangre...

De las presiones del hombre,
cuán distante.

¡Cómo es grato sumergirse
en ese mundo; sumarse
a la ternura infinita;
ser conciencia en lo inefable!

III. - Noche (Desde la huerta)

Se asoma la luna al valle,
desde la Peña del Sol.
El silencio se blanquea.
Fluye un cándido palor...

Todo duerme en lo impoluto,
como saudade del sol.
Sólo se oye en el mundo
el latir del corazón.



Desengaño

De Enrique Amat

Ya la niña, ensimismada,
mirando está todo el día.
Se pierde en la lejanía
el azul de su mirada.

En la tarde y la mañana
sus ojos está clavando
allá a lo lejos, mirando,
de pie, tras de la ventana,
su soledad desgranando
en una espera que es vana.

Siempre mirando el camino
que, juguetón, serpentea
y un pardo cerro rodea.
Siempre, con aire cansino,
su mirada azul otea
interrogando al destino.

La niña triste ¿qué mira?
La pobre niña ¿qué espera?
¿Por qué llora y desespera,
y por las noches delira,
no tiene ya primavera
y, con frecuencia, suspira?

Porque un día él, ¡ay!, se fué.
Por la senda, sí, le vió.
La niña bien claro oyó,
cuando él dijo; —¡Volveré!—

Y aunque el sol se le nubló,
dijo ella: -¡Esperaré!-

Mas nunca jamás volvió
el zalamero galán.
De otro amor sintió el imán
y en sus brazos se quedó.

¡Ay, esperanza! ¡Ay, afán
de un amor que él traicionó!...

Por eso, desengañada,
la niña en silencio llora,
y se pierde, a toda hora,
el azul de su mirada.



Consérvame, Señor, mi duro brazo

(En la infancia de mi hijo)

De Enrique Amat

Mi brazo –desbordante de energía
y del vigor que tu poder le ha dado–
es escudo, Señor, a cuyo lado
crece el hijo que Tú me diste un día.

Mi brazo, poderoso hoy, a porfía
se mueve, diligente y esforzado,
en lucha abierta por el pan honrado,
si más difícil, de mayor valía.

¿Qué fuera de mi infante sin el lazo
que anuda mi cariño con su vida?
¿Qué de su tierna carne desvalida

que por el mundo va con embarazo?
Por él y por mi fe no desmentida,
consérvame, Señor, mi duro brazo.



A las "Rodelas" de la fiesta de "Moros y Cristianos"

De Jesús Zaragoza Giner

Ya llaman a fiesta
comparsas de «Moros»,
«Marinos», «Flamencos»,
de música al son;
y los «Estudiantes»,
y «Chusma» chispera,
y los «Labradores»,
roncos de emoción.

Los «Marinos» pasan,
los remos batiendo;
y los «Labradores»,
luciendo el calzón.
El espacio rasgan
los castizos tones
que lavan quejumbres
y acercan a Dios.

La fiesta subliman
cuadros ideales:
hay Chicos—Guzmanes;
hay nietos de Agar.
Mas la nota tierna,
al par que castiza,
son las «Rodelitas»
quienes nos la dan.

Ellas, desfilando
con blandir de espadas

y a la lucha instando
al propio adalid,
al mundo publican:
en aquesta tierra,
hasta en las «Rodelas»
vive siempre un Cid.

Conchita Maestre
y Encarna Navarro
del Bando Cristiano
las «Rodelas» son.
Y Paca y Manola
—de este mismo Bando—
a la Fiesta donan
los brillos del sol.

Mas yo no sabía
por qué, del contento,
en Lola Planelles
se asoma el trasluz:
es «Rodela» mora;
su aljama, abatida,
despojo es sangriento
al pie de la Cruz...

Luego lo he sabido:
perdieron sus huestes
morunos castillos;
ganaron, en cambio,
de Cristo la luz.

Vos que fuistéis...

(Mirando el Castillo)

De Enrique Amat

Vos que vistéis el blanco caserío
crecer a vuestras plantas humillado;
que fuistéis su guardián más esforzado,
bajo la sombra de mi Cid bravío.

Vos, un día, clarín de desafío,
fiero titán de muros rodeado,
Señor del valle verde y sombreado
y dueño de un gallardo poderío,

hoy mostrais vuestros lienzos descarnados;
vuestros ojos, deformes y vacíos;
los recios torreones, derribados...

¿Nadie os devolverá pasados bríos?
¡Señor de los destinos ignorados,
aun quedan para Vos días sombríos!



Petrel, mi honrada cuna

De Enrique Amat

Aunque humilde, me has dado honrada cuna.
Junto a tí transcurrió mi primavera.
Eres tú la visión más lisonjera
y el ingente caudal de mi destino.

No habrá –yo te lo juro– fuerza alguna
que pueda separarme de tu vera,
pues tú me diste la ilusión primera:
oro, de tu sol; plata, de tu luna.

Estás tan abrazado a mi destino.
que nunca olvidará la mente mía
tu perfil conocido y luminoso.

Quiero correr aquí todo el camino.
Quiero que tu ciprés y tierra, un día,
cubran mi carne y celen mi reposo.



Nocturno en la montaña

De F. Mollá Montesinos

De un misterioso roquedo
sale el gemido del buho.
El viento murmura ledo,
canta con la fuente a dúo.

La luna sobre el pinar
derrama ternura blanca.
La nostalgia de un cantar
unas lágrimas me arranca.

Pienso en la vida, en los míos,
en la noche y el camino...
Señor -siento escalofríos-
¿cual será nuestro destino?



Si dice a zarpar mi barca...

De F. Mollá Montesinos

Si dice a zarpar mi barca
hacia el mar sin horizontes.
a mí no me digais nada;
que por mucho que navegue
por las tenebrosas aguas,
tendrá bauprés de saudades
y timón en rumbo al alba.

Si la veis partir silente
hacia brumas ignoradas,
pensad que seré en lo fosco
la más humilde luciérnaga
alumbrándome la ruta
de esperanzas...

No saqueis blancos pañuelos
de despedida y de lágrimas;
que llevo, sobre la proa,
ilusión, rielando el agua,
y dos canciones profundas
en el sueño de las anclas.

Arriba, besando alisios,
albo velamen y jarcias,
y una brújula vibrátil
hacia la estrella del alba,
en el centro de la nave...

Si dice a zarpar mi barca
hacia el mar sin horizontes,
a mí no me digais nada.

Un reajuste de salarios

De Jesús Zaragoza Giner

Cuenta siete mocosuelos
la mujer de Bonifacio,
amén del suegro, la suegra
y un perro de angora blanco.

Malviven en un tugurio
de Miguel, el de Lotario,
a quien, por tanto rezar,
se le pelaron los labios.

El tugurio en que malvive
la familia Bonifacio,
puede describirse así:
un pasillo, dos armarios,
dos alcobas interiores
y la pieza de allegados,
donde comen y do enredan
los suegros y los muchachos.

¿Dormir?... Duerme la familia,
en tres angostos camastros,
por turno de algunas horas
que, de acuerdo, prefijaron.

¡A mí partióseme el pecho
tal escena contemplando!...

Mas, con todo, no es gran cosa
lo de vivir hacinados;
lo más grave llega luego;
la tragedia surge el sábado,
cuando, quieras que no quieras,
el pobrete Bonifacio

tiene que soltar la «mosca»,
sin guardarse ni un ochavo.

Su media naranja entonces
—o limón, de los más agrios—
runrunea, cual un rito,
su consabido rosario:

Veinte duros, al casero;
doce duros, a «Patarro»;
a peluquerías, treinta;
a panadero, otro tanto;
para patatas y aceite,
lo menos veinte durazos...
Total: que ya no me alcanza
tu paguita de los sábados,
para la «tele» y nevera,
adquiridas de fiado,
ni para lo de las rifas
de la Manoli y de Paco.

Dime, pues, marido mío:
¿cómo salir del atasco?

Y el marido, quejumbroso,
el pobrete Bonifacio
—que con sólo buena tranca,
a tiempo, haber empleado,
no pasara la vergüenza
de verse ahora en atascos—
dijo a su media naranja:
—Pues que Boni es un gran santo,
no tenemos más remedio,
que el de pedir el milagro
de afanar, todos los meses,
un reajuste de salarios.

Bien merece la pena...

De Enrique Amat

¡Subid a lo alto del monte,
que bien merece la pena!

Vereis a un viejo pastor,
al que el rebaño rodea.
Deteneos un momento
en la candorosa escena.

Mirad a un manso cordero
cómo, obediente, se acerca,
y cómo lame la mano
del pastor, y cómo besa
sus rodillas, dócilmente,
una sumisa cordera.

Ved al perro poderoso
reclinando su cabeza,
y haciendo como que duerme,
vigila, vigila, vela...

Contemplad la tierra parda
que está oliendo a sementera.
Oid cantos de gañán
empeñado en su tarea.
Ved el sol cómo deslumbra,
deslumbrante de pureza.
Extasiaos junto al pino
que su verde copa eleva,
y mirad los tiernos tallos
que un viento sutil cimbrea.
Dilatad vuestros pulmones

con la brisa que allí orea.
 Recread vuestra mirada
 contemplando tal belleza.
 Tonificad vuestros nervios
 con esa quietud, tan quieta,
 y deleitaos bebiendo
 toda la gracia serena
 que baña montes y valles,
 cañadas y paramesas...

¡Allí sí que está la paz!
 ¡Sobra ya la frase hueca!...

Decidme, pues, si por eso,
 por ver la graciosa escena
 de algunos corderos blancos
 que se van por la vereda;
 por sumergir vuestras almas
 dentro de tanta belleza
 como hay en la adusta cumbre,
 en la ondulada pradera,
 en el centenario pino,
 en el tallo que cimbreo,
 en la canción del gañán,
 en el perro que olfatea,
 en el profundo silencio,
 en la brisa mañanera,
 en el son de unas esquilas
 que allá, a lo lejos, resuena,
 y en los surcos que se abren
 en la generosa tierra,
 no será subir al monte
 una muy grata tarea.

¡Subid del monte a la cumbre,
 que bien merece la pena!...

Excursión

De F. Mollá Montesinos

I. —

La brisa matinal besó mi frente
al salir del poblado, y en la brisa
había efluvio, pluma, verso, risa
y aliento divinal delicuescente.

Florece el almendro. Por Oriente
la luz se columpiaba en la cornisa
de la Silla del Cid. Llamando a Misa,
tañía una campana tiernamente.

Ascendí a lo más alto. El horizonte
en brazos de la bruma se dormía.
Los valles eran juegos de arrebol.

Un misterio flotaba por el monte.
La gracia sideral se derritía
en cascadas olímpicas de sol.

II. —

La distancia —cristal— se tornasola
en la testa del orto iridiscente.
En el viento se oculta una vehemente
acústica sutil de caracola.

El alma se satura —ola tras ola—
del alma del paisaje. Hay un ambiente
para morir de azul; pero se siente
que el flémito del tiempo se interpola.

Descendemos al llano. Nos invade
—en crescendo cromático del plano—
la sombra de la vida abierta en cruz.

Cual lágrima radiante de saudade,
asciende el alma con fervor arcano
del fondo del dolor hacia la luz.

P Ó E M A S P R Ó F A N O S

Epílogo

Como Epílogo de nuestro humilde FLORILEGIO, y con el ánimo de acrecer el acervo histórico de los estudiosos de Petrel, transcribimos cuatro documentos que se custodian en el Archivo de la Iglesia Parroquial de San Bartolomé, Apóstol.

El primero de estos documentos, que lleva por título: MEMORIA RELATIVA A CIERTAS ANTIGÜEDADES DE ESTA VILLA, fué escrito por algún clérigo adscrito a la mencionada Iglesia, posiblemente el año 1.700.

Los otros tres, denominados: ACTAS CORRESPONDIENTES A LA FESTIVIDAD DE MOROS Y CRISTIANOS, EN HONOR DE SAN BONIFACIO, MARTIR, son de los años mil ochocientos setenta y cuatro. mil ochocientos setenta y cinco y mil ochocientos setenta y seis.

I.—Memoria relativa a ciertas antigüedades de esta villa.

1.—«Entre las demás Villas de la Gobernación de Orihuela, a siete leguas de distancia, está situada la Villa de Petrel, cuya población será de unos trescientos y cincuenta vecinos. Goza esta Villa de un cielo saludable, aires puros, aguas sutiles, alimentos sólidos, y produce frutos de particular agrado para el gusto. Está colocada en una eminencia a quien sirve de corona su castillo, que en algún tiempo fué respetable, y aora conserva en sus ruinas los monumentos de su antigüedad. Villa y Castillo dominan todo el valle de Elda, y constando este de más de seis leguas de circuito, se presenta a la puerta de esta Villa una de las vistas más agradables, en la diferencia de plantas, olivos, almendros, igueras de que está poblado, que juntas con porción de viñas, y tierras para trigo, cevada, y demás semillas forman una

confusión hermosa en la variedad de colores que ofrecen la naturaleza, e industria.

2.—«El término de esta Villa por la mayor parte es montuoso, y quebrado, de Levante a Poniente tendrá como dos leguas y media, de Norte a mediodía solas dos. Son sus confines por Levante con término de la villa de Castalla, caminando assia el Mediodía está la montaña de Maismó de Tibi, desde donde se dice descubriose la Ciudad de Valencia que dista diez y ocho leguas, y en verdad es portentosa su altura. Siguen los confines con término general de la Ciudad de Alicante, y particular de la Universidad de Agost, al mediodía con el de la Universidad de Monforte finalizando con el de la Villa de Novelda, y tirando una línea de Poniente a Norte unida al término de Elda llega asta el de la de Sax, Reyno de Murcia.

3.—«A no aver procurado los abitadores de esta Villa todos los arbitrios para su manutención, nunca pudiera este término fructificar lo suficiente para ello. Doscientas taullas de regadío son regularmente la finca de la cosecha de granos en esta Villa, pues aunque ai mucha porción de tierra de secano, es por la maior parte débil, y espuesta frecuentemente a la falta de lluvias, y a los yelos, perjuicios que padece en este término por lo común la agricultura. De modo que aun siendo cosecha abundante mil caíces o poco más de trigo, y otro corto número de zevada, y adaxa o paniso, son el fruto de las fatigas del labrador, pero aun en esto manifiesta su anelo, pues en las más elevadas vertientes de los montes a donde para recoger las mieses no puede subir cavallería alguna, se ven bancales cortos que con el beneficio de la azada suelen dar en proporcionada cosecha a su dueño el premio de sus sudores.

4.—«Doscientas taullas de olivares y doscientas de viñas suplen de algún modo la falta de granos, tanto más que en los secanos se adierte tan aprovechada la tierra que aun entre piedras se hallan olivo- y almendros. Puede desirse que el estar tan plantado el término mantiene a esta Villa. La cosecha de aseite es regularmente de dos a dos años, y si es completa el año lleno compensa con abundancia la falta del atecedente. El aseite por lo general es presioso, ya por ser

oliva del cuquillo, ya por el cuidado que ponen los cosecheros en evitar que se caliente, o pudra la oliva, o contraiga cualquier otro vicio de los que hacen el aseite del mar sabor.

5.—«La almendra se divide en tres clases: común, alvale o pestaña, y fina, aunque todos los años esta cosecha suele perderse con facilidad por los fríos, por ser su flor de poca resistencia, bien que siempre se conserva en algunos parajes por la causa que diré al número siguiente. Así también tal cual cosecha de igos que o en espesie se venden, o consumen, o con la mezcla de almendras y correspondientes especias se acen panes que en todas partes son estimables, ni faltan algunas frutas sabrosas, en especial nueces, melocotones, ubas selectas, en las que prevalese el valensí de Petrel.

6.—«El clima de este término es vario, y lo causa las muchas montañas que en sí contiene, estas forman en distintos parajes ya ríos por donde pasa acanalado el aire, ya onduras cerradas con estrecha salida para el agua de las vertientes, en donde el sol calienta la tierra, y con dificultad ventila el aire, y ya la misma altura del terreno, de modo que lo inmediato a la población, a la partida de Catí que distará dos leguas, se retardan más de un més las cosechas.

7.—«La antigüedad de esta Villa en toda su extensión no se encuentra aquí testimonio para provarla, ni tampoco quien le diese el título de tal, y aunque de esto se hallará alguna noticia en los archivos del Exmo. Sr. Duque de Santi Estevan, del Colegio Dominicos de Orihuela, y Catedral de Murcia, según se me ha asegurado, no faltan motivos para fundar su ansianidad. Aun se manifiestan en pie algunos lienzos de muralla de tapia de argamatas, con que se conoce que en otro tiempo fue villa cerrada, aunque algo más inmediata entonces al castillo; este aun en ruinas denota fué fortaleza insigne, y capaz de asegurar un buen número de gente, y con efecto se refugiaron a él todos los vecinos en las guerras de este Reyno en el principio de este siglo. Una paret de argamasa con el pie de cantería de más de cincuenta palmos de elevación, y ocho de ancha por lo más alto, con torreón en medio y acaso también en las esquinas, aunque sólo el de el medio existe, sirve aun de fortaleza a una plaza espaciosa que se

manifiesta a la entrada del castillo. Sigue un ancho foso con puente lebadizo, puerta forrada de yerro, con troneras de piedra encima, estrechos los callejones inmediatos con sus pequeños fortines, y en lo interior, obra todo de argamasa, y cantería, abitación suficiente para cualquier Gran Señor con considerable familia. Y aunque queda poco en pie, bien se conose haver sido de cuatro altos el edificio. Entre otras estatuas antiguas que en él havia se ve una de medio relieve vestida de túnica señida con correa o síngulo, cabeza descubierta y poblada de cabello largo y estendido. Los papeles más antiguos que por aquí se encuentran nombran Villa a Petrel. El año 1.422 pasó la Villa de Petrel con la de Aspe, y otras, a la Casa de Corella, o Duque de Santi Estevan. En tiempo de moros se advierte por muchos años una mixta jurisdicción de Christianos y Arabes. En la conquista del Rey Don Jayme se hace mención de este Castillo. En la general expulsión de los moriscos salieron de esta Villa más de trescientas familias, con lo que quedó desierta en un todo, por lo que le fué presiso a Don Antonio Coloma, Señor entonces de ella, para cumplir con las órdenes del Señor Don Phelipe Tersero de eterna memoria, traer nuevos pobladores. Estos vinieron de la Huerta Alicante, Xixona, Castalla, Onil y Biar, en número de cien familias, todos christianos viejos, por lo mismo se dividieron las asiendas o tierras de cultivo en quatro clases, dando a cada familia por suertes además de una casa, una Huerta, que son dos taullas, un olivar, una viña y una porción o suerte de secano.

8.—«El escudo de Armas de esta villa es un castillo con tres torres, de cuya concesión no hay instrumento en este archivo, solo sí en el prinípio de este siglo se aumentó por privilegio del Señor Don Phelipe Quinto de eterna memoria, con un brazo, y una espada al lado, y una bandera a otro lado, y dos dragones por orla, sin que se pueda asegurar si la corona que en él se manifiesta tiene sola esta antigüedad, o prosede de haver sido en algunos tiempos villa sujeta inmediatamente a la corona. Por papeles que existen en el archivo de Aspe se comprueba.

9.—«En 14 de Diciembre de 1.705 esta Villa, como una de las de la unión de Castalla, firmó un acto público ante Salvador Rico, Escrivano, en que se obligaban sus vecinos a sacrificar vidas y Hacienda por su

monarca el Sr. D. Phelipe Quinto, con efecto se formó una compañía de cien hombres mantenida por los vezinos, y Governada por el Capitán D. Pedro Corbí, quien no solo procuró defender las mencionadas villas para dicho Augusto Monarca, si que trabajó en atraer a otras, y asistir a aquellas comisiones que se le encargaron por Real Orden. De estos servicios practicados por todo el tiempo de la Guerra procedió el ver premiada esta Villa, y las unidas, con el testimonio: 1.º De darse por bien servida la Majestad. 2.º El referido distintivo en el escudo de Armas. 3.º Título de Muy Nobles, Fieles Leales vasallos. 4.º Permiso de llevar armas ofensivas y defensivas en todos los dominios. 5.º Franqueza por diez años de contribuciones Reales, y también la parte que podría tocar a las Villas unidas en la extraordinaria contribución de cincuenta mil Doblones, que devió pagar todo el Reyno, sosegadas las Guerras. 6.º Libertad para embarcar en Alicante los frutos, sin más derechos, que los que contribuen los vecinos de esta Ciudad. 7.º Aplicación de diez mil Ducados de los bienes confiscados de la ciudad de San Felipe. Bien que el privilegio de Franqueza para todos los frutos de esta Villa en todos los Puertos, Aduanas, puentes ia estava también concedido en las cortes de Valencia en 20 de Abril de 1.434, y confirmado en 1 de Marzo de 1.441.

10.—«Esta Villa al presente está comprendida en el condado de Elda. Es su Señor temporal el Excmo. Señor Conde de Pinonrostro; en otros tiempos estuvo unida con la de Aspe como un solo señorío, y en más antigüos se comprueba aver sido del Patronato Real. Aunque no corre Rio alguno en este término, las vertientes de los montes forman una Rambla, que pasa a orillas de la Villa, por la que se suelen en las lluvias dirigir algunas Aguas a tierras de secano, y las sobrantes desaguando en el Rio de Elda, tienen su término en el pantano de Elche. Por la misma Rambla, se dirigen las aguas que sirven para el riego de las doscientas taullas de Huerta que posee esta Villa; estas se componen de algunas cortas Fuentes, y en especial de las que en esta tierra llaman Minas, que son unas excavaciones subterráneas, hechas de estudio, que manifiestan considerable Antigüedad, i de cuio principio no hay memoria alguna. Serán dose años que se descubrieron por casualidad dos Minas nuevas inmediatas a las antecedentes a unos

treinta palmos en lo interior de la tierra, en que se encontraron candiles de metal, sin duda para trabajar esta excavación. Se manifiestan algunos conductos antiguos por donde antes se dirigían estas aguas. Junto a este terreno, que distará como una media legua de esta Villa, se manifiestan cimientos de casas, y calles de una antigua Población.

11.—«Otra fuente copiosa nace en este término, a un cuarto de legua de distancia de la que se abastece para beber la Villa de Elda. Está contigua a una Casa fuerte que es el título del Marquesado de Noguera. Hay tradición haver sido esta Casa de recreación de los obispos de Cartagena antes de erigirse el de Orihuela, y comprenderse en él esta Villa. Hay también una fuente de bastante copia, y permanente, cuya agua que es salada hace congelada una sal muy buena, y muy blanca, pero está sin uso, y se guarda por un dependiente de Salinas. Otras fuentes pequeñas hai, cuya agua es muy sabrosa. ligera y saludable, pero entre todas, que en verdad son muy buenas, la de Almadrava, se ha experimentado repetidas vezes por muchos, y por propia experiencia puedo asegurar tiene qualidad de diurética, dispierta el apetito y pone los humores en el equilibrio necesario en especial para los Ypocondriacos. Entre todas las sierras de este término la mas nombrada, y de considerable altura es la Montaña del Zid. Tiene este nombre por haver tradición que Rui Diaz de Vivar se rehizo a ella con su exercito, y dexó en la montaña su renombre. En su cima se advierten ruinas y cimientos de algunas Casas, y pesebres, que no pudieron ser de labradores, por ser pinar muy viejo, y por lo mismo coto reservado para la marina Real, y no baver tierras de cultivo sino a su falda.

12.—«Por las ruinas que aun permanecen se sabe haver havido un Horno de Vidrio, y por algunas escrituras antiguas consta hubo también Molinos de Pólvara, y de Tabaco. Al presente ninguno existe, solo se pueden contar como fábricas alguna porción de telares en que se tegan lienzos, y estameñas con que se abastecen en gran parte los vezinos de esta Villa, y aunque la Lana que en las sargas se consume es fruto del país producido por algunos pocos ganados que en él se alimentan, el cáñamo se trae de fuera. En este Pueblo hai solo una Parroquia, cuyo titular es S. Bartolomé Apóstol, en ella hay fundado un clero para

la solemnidad de los oficios Divinos, y por ser la Fábrica pequeña se está actualmente edificando un nuevo templo al mismo Santo Apóstol. Este edificio ocupa con su puerta principal y dos torres a los lados un lienzo de los cuatro que forman una hermosa Plaza en cuyo medio está cita una alta Fuente que además de abastecer la Villa, derrama por conducto subterráneo en las aguas del riego. A un muy corto paseo de esta Villa, dirigiéndose por un camino espacioso en donde se a edificado nuevamente el viacrucis, y en una pequeña eminencia está colocada una Ermita muy capaz en la que se venera la Cabeza de San Bonifacio Mártir, y a poca distancia otra Ermita dedicada a Jesucristo crucificado, con la invocación del Calvario del que toma nombre la Montaña»..

II.—Actas correspondientes a la festividad de Moros y Cristianos, en honor de San Bonifacio, Mártir.

Acta n.º 1.—«Reunidos en la hermita de San Bonifacio de esta Villa, el día quince de Mayo de mil ochocientos setenta y cuatro, terminada la misa que en acción de gracia se ha celebrado a dicho Santo, por haberse verificado la fiesta sin haber tenido que lamentar desgracia alguna de consideración, los Señores D. Ramón Maestre, Alcalde, Don Enrique Amat, Teniente 1.º, D. Juan Soria, Teniente 2.º, los capitanes y alféreces de Moros y Cristianos y muchos de los individuos que han cooperado a solemnizar la fiesta, se procedió al nombramiento de los capitanes y Alféreces que debían funcionar en la fiesta del año próximo de 1.875.

«Seguidamente se presentaron voluntarios para capitanes de Moros con el cargo y obligación de elegir Alférez, Juan Brotons y Payá y Andrés Poveda Rico, y hechas suertes entre ambos salió para desempeñar dicho cargo el Andrés Poveda y Rico, quedando para ocupar el cargo de suplente de éste Francisco Guillón y Valls, que se prestó voluntariamente.

«Acto seguido compareció Melchor García y Maestre presentándose voluntariamente para desempeñar el cargo de capitán de Cristianos con la misma obligación que el anterior de elegir Alférez, y no habiéndose presentado otro con iguales garantías, queda designado para desempeñar el mencionado cargo, y para suplente del mismo Marino

Rico y Payá, que igualmente se ofreció voluntariamente quedando por lo mismo constituida la fiesta para el año 1.875 con las personas siguientes.

«Capitán de Moros con la obligación de elegir Alférez: Andrés Poveda y Rico. Suplente del mismo: Francisco Guillén y Valls.

«Capitán de Cristianos con la misma obligación: Melchor García y Maestre. Suplente del mismo: Mariano Rico y Payá.

«Y para que conste se extiende la presente que firman con el Sr. Alcalde los Seres. presentes que han tenido a bien, de que yo el Secretario del Ayuntamiento, certifico.—Enrique Amat.—Mariano Pérez.—Hay un sello, en el que se lee: Alcaldía constitucional. Villa de Petrel».—

Acta n.º 2.—«Reunidos en la hermita de San Bonifacio mártir, de esta Villa de Petrel, el día quince de Mayo de mil ochocientos setenta y cinco, terminada la misa que en acción de gracias se ha celebrado a dicho Santo por haberse verificado la fiesta sin haber tenido que lamentar desgracia alguna, los Sres. D. Enrique Amat Maestre, Alcalde, D. Luis Cabero Ballestrer, Teniente 1.º, D. Gabriel Pérez López, Regidor Síndico, los capitanes y alféreces de moros y Cristianos y muchos de los individuos que han cooperado a solemnizar la fiesta, se procedió al nombramiento de los Capitanes y Alféreces que deben funcionar en la fiesta del año próximo de 1.876, bajo las condiciones siguientes.

1.º.—Cada capitán y alférez, tanto de moros como de Cristianos, traerán y costearán por su cuenta una música, pagando los demás gastos de dobla, sermón y procesión, por mitad.

«2.º.—No podrán eximirse del compromiso ningún funcionario de llevar a efecto la fiesta, a no ser por el fallecimiento de padres, mugeres, hermanos o hijos, ocurrido dentro de los tres meses anteriores a la fiesta.

«Conformes todos los presentes con dichas condiciones, se presentaron como voluntarios para llevar a efecto la fiesta en dicho año 1.976, las personas siguientes:

«Para capitán de Cristianos: Juan Navarro Poveda.—Para suplente de Ydem: Pascual Vidal Torregrosa.—Para alférez de Ydem: Basilio Maestre Galiano.—Para suplente de Ydem: José Navarro Payá.—Para

capitán de moros: Pablo Montesinos Amat.—Para suplente de Ydem: Juan Antonio Maestre Poveda.—Para alférez de Ydem: Yginio Verdú Méñes.—Para suplente de Ydem: Antonio Brotons Amat.

«Y para que conste se extiende la presente que firman los Sres. presentes que saben, de que yo el Secretario del Ayuntamiento certifico.—Enrique Amat.—Luis Cavero.—Mariano Pérez.—Hay un sello que dice: Alcaldía Constitucional.—Villa de Petrel.

Acta n.º 3.—«Reunidos en la hermita de San Bonifacio de la Villa de Petrel, día quince de Mayo de mil ochocientos setenta y seis, terminada la misa que en acción de gracias se ha celebrado a dicho Santo por haberse verificado la fiesta sin haber ocurrido desgracia alguna, los Sres. D. Enrique Amat, Alcalde, D. Luis Cavero, Teniente 1.º, D. José García, D. Bonifacio Bernabeu y D. Joaquín Reig, Regidores, los capitanes y alféreces de Moros y Cristianos y muchos de los individuos que han cooperado a solemnizar la fiesta, se procedió al nombramiento de los capitanes y alféreces que deben funcionar en la fiesta del año próximo de mil ochocientos setenta y siete, bajo las condiciones siguientes:

«1.ª—Cada capitán y alférez, tanto de Moros como de Cristianos, traerán y costearán por su cuenta una música, pagando los demás gastos de dobla, sermón y procesión por mitad.

«2.ª—No podrán eximirse del compromiso ningún funcionario de llevar a efecto la fiesta, a no ser por el fallecimiento de padres, mugeres, hermanos o hijos, ocurrido dentro de los tres meses anteriores a la fiesta.

«Conformes todos los presentes con dicha función, se presentaron como voluntarios para llevar a efecto la fiesta en dicho año 1.876 las personas siguientes:

«Para Capitán de Moros: Bernardo García López.—Para suplente: Antonio Maestre Payá.—Para alférez de Ydem: Juan José García Navarro.—Para suplente de Ydem: Juan Antonio Maestre Poveda.

«En este estado no presentándose persona alguna para desempeñar los cargos de capitán y alférez de Cristianos, e invitados los Sres. Alcalde y Concejales, se presentaron las tres comparsas de cristianos que han funcionado en la presente fiesta manifestando que llevarán

a efecto la fiesta del próximo año nombrando para ello una junta directiva, la que se encargará de proporcionar los recursos para dicho fin, y en vista se presentaron como voluntarios para Capitán de Cristianos: Francisco García Maestre.—Para suplente: José Máñez Martínez. Para alférez: Juan Navarro Poveda.—Para suplente: Pascual Vidal Torregrosa.

«Y para que conste se extiende la presente diligencia, debiendo hacer constar:

«1.º.—Que cada comparsa nombradas, Catalana y Vizcaína, abonarán cincuenta pesetas para ayuda de la fiesta de Cristianos.

«2.º.—La comparsa Garibaldina abonará cinco pesetas por cada individuo que la componga, advirtiendo que si dichos individuos no llegan al número de diez, abonarán de todos modos cincuenta pesetas, firmando con el Sr. Alcalde los concurrentes que saben de que certifico.—Enrique Amat.—Luis Caverro.—Mariano Pérez.—».

Indice general de materias

Primera parte (Poemas Religiosos)

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA	
Jesús Zaragoza.	3
A GUISA DE PROLOGO	
Doroteo Román	5
LA ERMITA DEL CRISTO	
Jesús Zaragoza	7
SOMOS ALGO EN COMUN	
Jesús Zaragoza.	9
¡QUE BIEN VIVIR AQUI!	
Jesús Zaragoza	12
QUE PUES QUIERO BESARTE, TU ME BESES	
Jesús Zaragoza	14
AÑORANZAS	
Jesús Zaragoza	16
NOCHE BUENA EN CAMPAÑA	
Jesús Zaragoza	19
CAMPOSANTO ALEGRE	
Jesús Zaragoza	23
POR ESOS NIÑOS, SEÑOR...	
Enrique Amat	25
SOLEDAD (A Cristo crucificado)	
Enrique Amat	27
SEÑOR...	
F. Mollá Montesinos	28
SAN FRANCISCO DE ASIS	
F. Mollá Montesinos	29
PENETrame, SEÑOR	
F. Mollá Montesinos	30
ES MI BARCA, SEÑOR	
Enrique Amat	31

SIN TI, SEÑOR...	
F. Mollá Montesinos	33
¡TANTO AMASTE A LOS HOMBRES!...	
F. Mollá Montesinos	34
VEN A MI LADO, SEÑOR...	
Enrique Amat	35
GRACIAS TE DOY, SEÑOR (Renunciación)	
F. Mollá Montesinos	36
HIMNO A LA VIRGEN DEL REMEDIO	
Jesús Zaragoza	37
OFRENDA	
Enrique Amat	38
RUEGO	
F. Mollá Montesinos	39
EL MANTO DE LA VIRGEN (Plegaria)	
Jesús Zaragoza	40
CUANDO BAJAN A SAN BONIFACIO...	
Enrique Amat	43
AMARGOS FRUTOS	
Enrique Amat	44
A LOS PIES DEL REDENTOR	
Enrique Amat	45
AL POSTRARME A TUS PIES	
F. Mollá Montesinos	46
SENTIRTE	
F. Mollá Montesinos	47
RETORNO AMOROSO	
F. Mollá Montesinos	48
PRECS A LA VERGE DEL REMEI	
Jesús Zaragoza	49
¡OH LAS FIESTAS DE MAYO PETRELENSES!	
Jesús Zaragoza	51
SI, PERO NO ME PIDAS ESO...	
Jesús Zaragoza	53
LA ERMITA DE SAN BONIFACIO	
Enrique Amat	54

MI FE EN SAN BONIFACIO	
Enrique Amat	55
MI MUNDO SOIS VOS...	
Enrique Amat	56
MI PLEGARIA A LA VIRGEN	
F. Mollá Montesinos	57
NAVIDAD DE 1965, FELICITANDO A UNOS NIÑOS	
F. Mollá Montesinos	58
BONIFACIO. LA FIESTA ERES TU	
Jesús Zaragoza	60
RENUNCIAMIENTO (A la Virgen del Remedio)	
Enrique Amat	63
CUANDO MIRAMOS LA MAR	
F. Mollá Montesinos	64
A LA PATRONA DE MI PUEBLO	
Enrique Amat	65
LAS PIEDRAS	
F. Mollá Montesinos	66
POSTRADO ANTE TU IMAGEN	
Enrique Amat	68
YA ES LA HORA...	
Enrique Amat	69
FUENTE DEL TIEMPO...	
F. Mollá Montesinos	70
EL RAMO DE LA VIRGEN DEL REMEDIO	
Jesús Zaragoza	71
EVOCAION BIBLICA	
F. Mollá Montesinos	72
SUPLICA A LA VIRGEN DEL REMEDIO	
Enrique Amat	73
CANCION DE CUNA	
F. Mollá Montesinos	74
LO MIO	
F. Mollá Montesinos	76
CUANTA MISERICORDIA, SEÑOR	
F. Mollá Montesinos	77

	<u>Páginas</u>
ELOGIO DEL CAMPO...	
Enrique Amat	78
EL PAN	
F. Mollá Montesinos	80
ME BASTA CON MIRAR TUS OJOS (A la Virgen del Remedio)	
Enrique Amat	82
TE HUBIERA BESADO...	
Jesús Zaragoza	83
CUANDO ADVIENEN A ESTE MUNDO, ¿QUE VERAN LAS ALMAS?	
F. Mollá Montesinos	84
ALMA (A F. Albors)	
F. Mollá Montesinos	85
¡QUE INJUSTOS SOMOS CONTIGO! (A la Virgen del Remedio)	
Enrique Amat	87
14 DE MAYO	
Enrique Amat	88
ENTREGA TOTAL	
F. Mollá Montesinos	89
OFRENDA DE PETREL A SU PATRONA	
Jesús Zaragoza	90
A LA PATRONA DE PETREL (Oración)	
Enrique Amat	92
¡MADRE MIA!	
Enrique Amat	93
EL CAMINO DE LA VIDA	
F. Mollá Montesinos	94

Segunda parte (Poemas Profanos)

Páginas

PETREL

Jesús Zaragoza 99

CARA A LA LUNA

Gabriel García Romeu 100

MI TIERRA

Enrique Amat 102

EL MONTE «SILLA DEL CID» (A D. Santiago García Bernabeu)

F. Mollá Montesinos 104

¡QUE NOVIA TAN GUAPA!...

Jesús Zaragoza 105

LA SIEMBRA

F. Mollá Montesinos 106

TU QUE MIRAS TANTO EL CIELO

F. Mollá Montesinos 107

CELOS

Gabriel García Romeu 108

¡QUE HONDO TE SIENTO!

Enrique Amat 109

EL CASTILLO DE PETREL ME TIENE LOCO

Jesús Zaragoza 112

LA AMADA Y LA AMNESIA

Gabriel García Romeu 114

A UN POETA

F. Mollá Montesinos 115

PORTICO SAGRADO (A Teixeira de Pascoaes)

F. Mollá Montesinos 116

A UN VIEJO PINO

Enrique Amat 117

MADRE

Jesús Zaragoza 119

CADA CUAL DE NOSOTROS ES...

F. Mollá Montesinos 121

DOBLE DESEO (A tí, única)

F. Mollá Montesinos 122

ESTRELLAS FUGACES

F. Mollá Montesinos 123

EN SILENCIO	
Gabriel García Romeu	124
CAMPO AMIGO, VIDA ENTERA...	
Enrique Amat	125
«EL ROLLO DE SAN JUAN»	
Jesús Zaragoza	127
EL AMOR REDIME (A D. Jesús Zaragoza)	
F. Mollá Montesinos	130
LAMENTOS	
F. Mollá Montesinos	131
MADRE ESPAÑA	
Enrique Amat	132
EN SILENCIO	
Enrique Amat	133
DESESPERACION	
Gabriel García Romeu	134
IMAGEN DE ESPAÑA	
Jesús Zaragoza	135
ESOS VERSOS QUE AFLORAN...	
F. Mollá Montesinos	136
ERES MI MADRE	
F. Mollá Montesinos	137
PARACAIDISTAS	
Gabriel García Romeu	138
PAISAJE NATAL	
Enrique Amat	139
DOMINGO DE PASCUA	
Enrique Amat	141
LA FIESTA SE LEVANTA	
Jesús Zaragoza	142
INVITACION AL CANTO	
F. Mollá Montesinos	144
TARDE GRIS	
Enrique Amat	146
PROMESA IMPOSIBLE	
Gabriel García Romeu.	147

	<u>Páginas</u>
REINA POR TRES DIAS (A María del Carmen Zaragoza)	
Jesús Zaragoza	148
SI YO NO FUERA ETERNO (A Juan Ramón)	
F. Mollá Montesinos	150
PARTO DOBLE	
Gabriel García Romeu	151
MAÑANA, SEÑOR, MAÑANA... (A mi hija, en la víspera de ser Abanderada)	
Enrique Amat	153
CUANDO ESOS OJOS NO MIREN (A mi esposa)	
Enrique Amat	154
LA RUBIA CHICA DEL BARRIO	
Jesús Zaragoza	155
EL PROGRESO	
F. Mollá Montesinos	157
EL ARBOL SAGRADO (A mi anciano padre)	
F. Mollá Montesinos	158
ROMANCE PARA UNA MADRE	
Enrique Amat	161
CORONA DE ALICANTE (Desde Petrel)	
Gabriel García Romeu	163
¡ARRE CABALLO!...	
Jesús Zaragoza	164
COMO EL MARTIRIO DEL AGUA (A Enrique Amat)	
F. Mollá Montesinos	166
¡TIERRA MIA!...	
Enrique Amat	167
VELAZQUEZ	
Gabriel García Romeu	168
BODAS DE PLATA DE LA COMPARSA DE ESTUDIANTES (1.955)	
Jesús Zaragoza	169
POEMAS DEL VALLE (A Doroteo Román)	
F. Mollá Montesinos	171
DESENGAÑO	
Enrique Amat	173
CONSERVAME, SEÑOR, MI DURO BRAZO (En la infancia de mi hijo)	
Enrique Amat	175

A LAS «RODELAS» DE LA FIESTA DE «MOROS Y CRISTIANOS»	
Jesús Zaragoza	176
VOS QUE FUISTEIS... (Mirando el Castillo)	
Enrique Amat	178
PETREL, MI HONRADA CUNA	
Enrique Amat	179
NOCTURNO EN LA MONTAÑA	
F. Mollá Montesinos	180
SI DICE A ZARPAR MI BARCA...	
F. Mollá Montesinos	181
UN REAJUSTE DE SALARIOS	
Jesús Zaragoza	182
BIEN MERECE LA PENA...	
Enrique Amat	184
EXCURSION	
F. Mollá Montesinos	186
EPILOGO	189
MEMORIA RELATIVA A CIERTAS ANTIGÜEDADES DE ESTA VILLA .	189
ACTAS CORRESPONDIENTES A LA FESTIVIDAD DE MOROS Y CRISTIANOS, EN HONOR DE SAN BONIFACIO, MARTIR	195

